

BO. SUBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

AQUEL JUEVES NEGRO

Mark Halloran



COLECCION

PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

732. — Los muertos viajan.

En Colección ASES DEL OESTE:

593. — Un «Colt» en la sombra.

En Colección PUNTO ROJO:

302. — Rastro de sombras.

MARK HALLORAN

AQUEL JUEVES NEGRO

Colección PUNTO ROJO n.º 809
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 29.896 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en esta Colección: octubre, 1977

© Francisco Bruguera - 1960

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva. 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. /
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

La canícula se había anticipado. Aparearse del coche, que estaba refrigerado, era como meterse en un baño turco.

Steve contempló el mar con envidia.

Miró la hora en su reloj: las diez menos veinte.

Una mancha de césped rodeaba la casa blanca y roja. Lirios chinos, canas, petunias, geranios de grandes flores crecían bajo los árboles. Más allá del jardín se iniciaba la playa. Después estaba el mar.

La luz matinal y el crudo azul del cielo, deslumbraban.

Steve cerró con un suspiro la portezuela del coche y echó a andar. Pasó junto a los lirios chinos. Tomó un sendero de losas.

Una pérgola sombreada por espesas enredaderas.

—¿Busca usted a alguien?

No había curiosidad en la pregunta.

—Sí —dijo Steve. Se detuvo para mirar a la mujer tendida en la silla-litera azul bajo la pérgola—. Busco a alguien llamado Mildred Kelly.

—¿Quién es usted?

—Steve Sissek, detective privado.

—A ver, acérquese.

Steve se acercó.

Entre los párpados entornados sus pupilas estudiaron a la mujer. Rubia clara, ojos azules, tez de un moreno dorado. Tenía aire de que le sobraba tiempo para tomar el sol. ¿Vacaciones? Steve hubiera jurado que no, que su aire era más bien de vacaciones perpetuas. Dinero. Alguien pagando el gasto. ¿Por qué no?

Había que verla: su cintura de odalisca, su blusita blanca con el oportuno relleno, sus pantaloncitos amarillos, sus piernas de anuncio, sus curvas turbadoras, y en el extremo superior el rostro oval, con los ojos chispeantes de vida, los labios ávidos de no sabía uno qué, o sí lo sabía; había que ver la gracia de sus brazos, de sus manos, de sus pies. Había que verla toda.

¿Por qué no?

—¿Es usted Mildred Kelly? —preguntó Steve.

—Mildred es mi hermana —los ojos chispeantes estaban a la expectativa—. ¿Un detective privado? ¿Para qué? ¿Quién le envía?

—Ella me ha llamado.

Seguían a la expectativa.

—¿Habla en serio? ¿Mildred?

—Prometí venir a las nueve y media —insultante, expectativa, en cierto modo—. Llego con diez minutos de retraso. Si me hace usted el favor...

—No soy la criada de mi hermana. Pase y compóngaselas.

—Con mucho gusto —dijo Steve.

Los ojos siguieron su desplazamiento.

—¿Qué quiere Mildred?

—Ella se lo explicará.

—No se fíe.

Steve volvió a detenerse.

—¿No me fíe de quién? ¿De su hermana?

La mujer le miraba con burlona altanería. Tendió la mano para tomar una revista ilustrada que había abandonado al verle aproximarse a través del jardín. La desplegó perezosamente.

—Digo que no se fíe. Luego hablaremos.

Él se encogió de hombros.

¿Luego?

Vacaciones perpetuas, media vida sesteando al sol mientras alguien pagaba. Conocía el tipo. Había aprendido hacía tiempo a detestarlo. Alguien pagaba: el padre o el marido que reventaban de un infarto o una trombosis a fuerza de meter por un lado los dólares que salían a chorro por otro. Había mujeres así, con su cintura, sus piernas y todo lo demás.

Perras.

La pérgola, la sala de estar y la terraza del lado de la playa formaban un conjunto sin apenas separaciones, amueblado a la moda, fresco, cómodo, proyectado para holgazanear en grande.

Steve entró.

Distinguió una cosa de colores que se movía en la terraza, y enseguida una mujer entró también en dirección a la suya. Vestía un mambo de colorines y unos pantalones largos blancos. No le vio. Caminaba apresuradamente, mirando atrás. Casi corría. Su proceder y su actitud eran los de una persona extremadamente asustada.

Steve trató de descubrir la causa de su miedo. Nada. Nadie. La terraza y la playa estaban desiertas.

—Buenos días —dijo.

La mujer lanzó un grito y se volvió a él oprimiéndose con las manos la garganta, descompuesto el rostro por el pánico.

Articuló:

—Usted...

—Steve Sissek.

Ella fue, por un momento, incapaz de articular más palabras. Estaba pálida, le temblaban los labios.

Luego se dominó.

—Perdóneme... No esperaba encontrar a nadie.

Sus mejillas tomaron un poco de color. Súbitamente echó a andar, se alejó hacia el extremo derecho de la sala. Había un bar allí. Steve la vio coger un vaso con manos poco firmes, una botella, inclinarse para abrir un pequeño frigorífico.

Se acercó.

Aun trastornada, era un verdadero premio de mujer. Parecía alta sin serlo. Su figura tenía un encanto peculiar, una esbeltez felina impregnada de sensualidad, provocativa, tensa, nerviosa. Llevaba el cabello, de un rubio rojizo, peinado a la moda, y el sol había tostado su tez con un matiz bronceado que contrastaba agradablemente con el color de aquel. Como mujer, contemplarla daba gusto; ahora, tratarla, aguantarla, sin saber por qué comprendía uno que debía de ser otra cosa.

Tres dedos largos de *whisky* en el vaso, hielo abundante. Las manos seguían siendo poco firmes.

Steve preguntó por segunda vez:

—¿Es usted Mildred Kelly?

La mujer bebía.

—Sí.

—¿La persigue alguien?

—No diga tonterías.

Él se encogió de hombros.

—Ocurre a veces. Viene un cliente y contrata mis servicios porque alguien le persigue, o porque imagina que alguien le persigue. He visto a mucha gente asustada. Como usted y más.

—¿Cómo yo?

—Sí.

En el vaso solo quedaban los cubitos de hielo. Mildred Kelly los examinó al trasluz.

—Si se refiere al susto que me ha dado usted...

—Estaba asustada antes. Ha entrado huyendo —Steve se aproximó al bar, tomó tranquilamente la botella de *whisky*, un vaso; escancié el licor—. En fin, es asunto suyo. Pero si me ha pedido que viniera por algo será.

Ella presenció cómo se servía. Tranquila ahora, en su frente se

marcaba una arruga de preocupación.

Steve notó que sus ojos chispeantes, desdeñosos y altaneros, eran idénticos a los de la muchacha con quien había hablado en la pérgola. Excepto esto, sin embargo, ambas mujeres no tenían nada en común. Lo que en la primera era avidez elemental, curvas atrevidas, tácito desafío al hombre, era en Mildred suavidad cautelosa, reserva, una hoguera ardiendo bajo engañosa capa de hielo. La una mostraba las uñas de su garra, la otra las ocultaba entre almohadillas de algodón.

Había, por añadidura, una diferencia de edad. La pájara de la pérgola debía de andar por los veinte años o cosa así, quizá menos. Mildred tiraba más bien hacia los treinta. Ella estaba en plena sazón; en plena sazón de todo, física y no física. Su hermana era el estallido primaveral, ¡hala! la exuberancia de las primeras flores. Las primeras flores tienen siempre los pétalos más grandes y los colores más vivos, pero las posteriores huelen mejor. Esto se notaba en sus respectivas actitudes.

Buen *whisky*.

—Me he dirigido a usted, señor Sissek, por consejo de Harry Donaldson —Mildred sacó del bolsillo de su mambo un paquete de tabaco, encendió un cigarrillo y aspiró profundamente el humo—. Usted trabajó en cierta ocasión para Harry, directa o indirectamente, no lo sé. El quedó satisfecho.

—Me sorprende. No conozco a ningún Donaldson.

—Es el consejero jurídico de la Lifeguard Insurances. Y mi abogado personal.

Steve enarcó las cejas.

—He trabajado más de una vez para esa compañía de seguros, en efecto. No para nadie llamado Donaldson.

—Poco importa. Harry tiene de usted buenas referencias. Cree que resolverá sin dificultad mi pequeño problema.

—¿Pequeño?

—Sí, pequeño. En el aspecto material, se entiende. Su aspecto sentimental es para mí lo que realmente importa.

Mirando pensativo a la mujer, el detective derramó un nuevo chorro de *whisky* sobre los cubitos de hielo de su vaso. Luego se apartó hacia los arcos que daban paso a la terraza.

—Si no la ofende la franqueza de la gente, le diré que no tiene usted aire, así, de que le importe el aspecto sentimental de nada —fijó la mirada en la playa, en el tentador azul del mar—. Escúcheme, señorita Kelly. Cuando acepto encargarme de un trabajo es siempre porque se han dado dos condiciones previas que no se dan con

usted: primera condición, el cliente en ciernes acude a mi despacho y paga a mi secretaria cinco dólares, precio de la consulta, lo mismo si acepto el asunto que si lo rechazo; segunda, antes de tomar una decisión me informo acerca de la solvencia moral y económica del cliente. No soy un muerto de hambre. Puedo darme el gusto de elegir.

—A pesar de lo cual ha acudido a mi llamada —observó la mujer con frialdad.

—De Una parte porque mi secretaria está de vacaciones; de otra, porque en esta época del año el trabajo escasea y se aburre uno; de otra aún, porque me agradó el sonido de su voz a través del teléfono.

—Conozco esa clase de preliminares. Sirven para exigir luego un precio exorbitante. No suelen impresionarme, señor Sissek.

—Veinticinco pavos diarios, tarifa fija. Una cantidad final a convenir según la categoría del asunto.

—No es mucho —admitió ella.

—No lo es.

Steve contemplaba la playa.

—Perfectamente, señor Sissek —no había ya temor ni inseguridad en el tono de Mildred. El sobresalto estaba vencido. Las palabras sonaban a diálogo comercial: sin calor, sin personalidad, sin sexo—. La categoría del asunto es poca; repito que es el aspecto sentimental lo único que me importa. Me ha desaparecido un brazalete que tengo en gran estima. Lo he extraviado, me lo han robado, no lo sé. Deseo que usted lo recobre.

—¿Valor del brazalete?

—Mil quinientos dólares o cosa así.

—¿Oro?

—Platino y esmeraldas.

—No está mal —el detective no mostraba interés—. ¿Le desapareció cuando lo llevaba puesto?

—No. Es decir, creo que no. Iba a ponérmelo anteayer, y entonces, al abrir el joyero, lo eché de menos. Lo he buscado por todas partes. La última vez que lo llevé fue hace nueve días, y no puedo afirmar con certeza que lo devolviera al joyero, pero estoy casi segura de que sí.

—¿Qué hizo en aquella ocasión?

—Lo mismo que en muchas otras: salir a bailar con unos amigos.

—¿A cenar y bailar dónde?

—En Engelberg's, en Maldonado Beach. Terminamos la noche

en el Stars Club. Volví a casa con la cabeza más bien turbia. Por eso no recuerdo...

—Hoy es jueves, catorce de julio. ¿Fue el martes, día cinco?

—Sí.

—Esta casa no es precisamente una fortaleza. Está abierta a los cuatro vientos. Si no guarda usted el joyero en una caja fuerte u otro lugar seguro, cualquiera podría entrar y arramblar con lo que más le gustase.

—El joyero está en mi armario. Pero un ladrón se hubiera llevado todas las joyas, o por lo menos las de más valor. ¿Por qué únicamente el brazalete?

—Usted sabrá.

—No me lo explico, señor Sissek.

—¿Vive algún clérigo por estos alrededores?

La mujer contuvo la respiración.

—¡Un clérigo! —exclamó a media voz. No era sorpresa lo que traslucía su tono, sino recelo—. ¿Eso qué tendría que ver?

—Venga acá. Acérquese.

Ella dio unos pasos en dirección a los arcos de la terraza, donde estaba el detective. Comenzaba de nuevo a fallarle el aplomo.

—¿Qué?

—Mire.

La extensa playa, de un amarillo casi blanco, se hallaba en dirección norte sembrada de dunas. Junto a una de estas, a lo lejos, se distinguía con claridad una figura: la de un hombre vestido de negro; negro todo él, desde el sombrero de alas caídas hasta los zapatos; sin una mancha blanca o de color que correspondiera, por ejemplo, a la camisa.

El efecto que causaba en aquel paisaje riente y luminoso era indescriptiblemente tétrico. En la distancia, junto a la duna, el hombre permanecía inmóvil. Podía advertirse que estaba mirando hacia la casa.

—No sé —murmuró Mildred.

Se humedeció los labios con la lengua. Steve vio que una onda de terror se deslizaba por su rostro alterando enteramente su expresión, convirtiendo los ojos en pozos de sombra.

—¿Es él quien la ha asustado antes?

—¿Asustado? Nadie me ha asustado. No entiendo lo que...

—Como guste —el detective agitó el *whisky* que quedaba en su vaso, haciendo tintinear el hielo—. Ese hombre ha aparecido de repente junto a la duna mientras yo miraba hacia allá. En un día de calor achicharrante como hoy, ¿quién vestiría de negro de pies a

cabeza para pasear por la playa? Suponiendo que ese individuo pasee, que no pasea. ¿Es un clérigo?

Mildred volvió la espalda a la terraza y a Steve.

—No le conozco.

En aquel momento, con dos zancadas rápidas, la negra figura desapareció detrás del montículo de arena.

Steve aguardó. No volvió a aparecer. No la vio alejarse.

La mujer se servía nuevamente de beber. No disimulaba su enojo.

—*Okay* —dijo él. Avanzó hacia el bar para devolver su vaso vacío —. Gracias por el carburante, y perdone la libertad de habérmelo servido yo mismo. He tenido sumo gusto en saludarla, señorita Kelly.

—Deje de llamarme señorita —replicó ella con aspereza—. Soy la señora Kelly. ¿Cuándo va a empezar su trabajo?

—Si se refiere a la búsqueda del brazalete, nunca.

—¡Oiga!

—Lo siento, ese asunto no me interesa. Le agradeceré que envíe a mi despacho diez dólares, a su conveniencia; son el importe de mis honorarios por esta visita, más los gastos de desplazamiento — Steve saludó con la mano—. Repito que he tenido mucho gusto. Adiós, señora Kelly.

Salió antes de que la mujer atinara a replicar.

Fuera, en la pérgola sombreada por enredaderas, la silla-litera azul estaba vacía. La otra pájara, la rubia de pantaloncitos amarillos, se había largado.

Hacía un calor de narices.

CAPÍTULO II

Estaba en el coche, tendida lánguidamente en el asiento delantero, fumando un cigarrillo emboquillado. Sus ojos burlones y desafiantes escrutaron el rostro de Steve.

—Salga —dijo tranquilamente él. Recorrió con la mirada las turbadoras curvas, se detuvo en las piernas detonantes. Mantuvo abierta la portezuela—. Tengo que marcharme. He perdido ya bastante tiempo aquí.

Ella se incorporó sobre un codo.

—¿Está mirándonos Mildred?

—¿Eso qué importa?

—Entre y siéntese. Le he dicho que luego hablaríamos.

Se apartó para dejarle sitio ante el volante.

—No.

—No sea desagradable. Es, a fin de cuentas, en beneficio suyo.

—No hay beneficio que valga. El trabajo que me ha ofrecido su hermana no me interesa, simplemente.

—¿En qué consistía?

—Secreto profesional. Vamos, apéese.

Los párpados de la muchacha se entornaron.

—¿No le gustan las mujeres, señor Sissek? ¿O soy yo en particular quien no le gusta? Conozco a más de uno que se consideraría afortunado teniéndome a su lado en el coche.

—Es posible. Salga.

—Déjeme primero adivinar lo que ha pasado. Se ha rajado usted. Le ha entrado el miedo. Mildred le ha expuesto el asunto, y en cuanto ha oído usted el nombre de Frankie Bonanno se ha echado atrás...

—¿Qué nombre?

—Frankie Bonanno.

Steve se introdujo en el coche y cerró la portezuela.

—Ha dicho usted que hablaríamos. De acuerdo, la escucho.

Ella rio en silencio, con desdeñoso sarcasmo.

—¿He acertado?

—Siga adivinando. Luego se lo diré.

—Mildred quiere pararle los pies a Frankie. Es por Enoch. Teme que Enoch se entere de sus líos y salga disparado con las manos en

la cabeza.

—¿Enoch es su marido?

—¡Qué dice!

—Su hermana está casada.

—Lo estuvo. Es viuda. Teddy, su marido, se mató hace un par de años a bordo de una avioneta. Cayó en las montañas, al norte de Tahichipi, y le encontraron hecho puré.

—¿Quién es Enoch, entonces?

—Enoch Harper es su prometido. Fue gran amigo de Teddy, lo ha sido de Mildred, y de pronto se ha descolgado con una proposición de matrimonio. Ella ha aceptado, ¡cómo no! Tendremos boda si el negocio no se echa a perder.

Sentado ante el volante, las manos apoyadas en este, Sissek miraba al frente a través del parabrisas.

—¿En qué sentido lo llama usted negocio?

—En todos los sentidos. Mildred necesita un hombre a su lado, o terminará histérica; la fábrica necesita un hombre que la gobierne, o terminará en manos de los acreedores. El bueno de Enoch puede salvarlas a las dos.

—¿Qué fábrica?

—¿Usted no come frutas en conserva?

—No.

—Nuestro padre creó una industria conservera en el valle de Santa Margarita. Acreditó la marca «Bubix». La empresa se llama hoy Bubix Fruits Incorporated. Mildred y yo poseemos la mayoría de las acciones.

—¿Su padre ha muerto?

—Murió hace años.

—¿Quién regenta el negocio?

—Joe Phelps, un apoderado. Un miope mental. Sabe envasar ciruelas mejor que nadie, pero no pasa de ahí. Las cosas han ido de mal en peor desde que murió Teddy.

—¿Teddy pitaba?

—Por supuesto que pitaba. Era un ambicioso, un loco del dinero y del trabajo. Detestable a mi modo de ver, pero la clase de fulano que la mayoría de la gente admira. Enamoró a Mildred y se casó con ella por interés. Mi padre, pobre hombre, puso en él toda su confianza, y al morir le entregó las riendas de la Bubix. Total, que Teddy convirtió la fábrica en un gran negocio.

—¿No era un gran negocio en época de su padre?

La muchacha frunció los labios en una dura sonrisa.

—Mi padre se casó dos veces. Su primera esposa, madre de

Mildred, era rica, y con el dinero de ella fundó la Bubix y amasó una fortuna. Su segunda esposa, mi madre, era pobre y procuró liquidar la fortuna de su marido lo más deprisa posible. Murió antes de conseguirlo, pero poco le faltó. Teddy vino a remediar la catástrofe.

Steve escuchaba impasible.

—En resumidas cuentas, la idea de su hermana es que Enoch Harper remedie la nueva catástrofe que se avecina ahora.

—Más o menos.

—¿Lo hará?

—Supongo que sí. Enoch es una esponja para el dinero, como Teddy. Tiene cuarenta años y se le calculan cinco o seis millones de dólares. Hace quince años no se le hubieran calculado más de cinco o seis; dólares, no millones.

—¿Mildred le quiere?

—¡No me haga usted reír! Mildred no quiere a nadie. Aprendió junto a Teddy que el amor es un estorbo para la felicidad.

El detective se pasó el dorso de la mano por la boca.

—Volvamos al principio. Según usted, ¿qué papel representa Frankie Bonanno en esto?

—¿Qué le ha dicho Mildred? —replicó la joven.

Steve la miró pensativo.

—Conteste.

—Conteste usted primero.

—Le diré una sola cosa: una de las razones que me han impulsado a rechazar el trabajo que me ofrecía su hermana ha sido la advertencia de usted.

La rubia pareció sorprendida y complacida.

—¿El que yo le haya dicho que no se fiara? ¿Es cierto?

—Sí.

—Bueno, de una vez, ¿cuál era ese trabajo?

—Encontrar un brazalete —dijo lentamente el detective—. No sabe si lo ha perdido o se lo han robado.

Ella sostuvo su mirada sin pestañear.

—¿Qué brazalete?

—Platino y esmeraldas.

Los ojos de la joven tenían una expresión rara.

—El brazalete de Teddy...

—¿Sí?

—Se lo regaló él con ocasión de su último cumpleaños. Fue poco antes de que se estrellara en Tahichipi —la rubia aplastó su cigarrillo en el cenicero del *tablier*—. ¿Y todavía pregunta usted qué

papel representa en esto Frankie Bonanno?

—Quiero saber hasta dónde llegan sus adivinanzas.

—Llegan tan lejos como las tuyas. Es Frankie quien tiene ese brazalete, claro está.

Steve aventuró:

—¿Desde la noche del martes, día cinco?

—¿Por qué precisamente desde esa noche?

—Porque su hermana cenó con unos amigos y terminó la fiesta en el Stars Club. Es el local que regenta Bonanno en Maldonado Beach... Le diré la verdad, paloma: su hermana no habló de Frankie Bonanno, y no mencionó el Stars Club más que de pasada. Es ahora, después de hablarme usted de él, cuando ato cabos; es ahora cuando me felicito de haber salido a tiempo del asunto.

—¿El dinero no le atrae? —preguntó ella incisivamente—. En ese asunto puede haberlo. Sería una pena para usted que lo cobrase otro.

—Sería una pena mayor que el dinero sirviera para pagar mis funerales. ¿Por qué ha supuesto enseguida que el brazalete lo tiene Bonanno?

—¿Quién lo va a tener? De todos los hombres con quienes Mildred ha estado haciendo el animal desde que murió Teddy, Frankie Bonanno es el de peor calaña. Mildred ha dejado los dientes en las mesas de dados del Stars Club. ¿Ha dicho ella que fue la noche de ese martes la última vez que se puso el brazalete?

—Sí.

—Bien, es una manera indirecta de facilitarle a usted una pista en dirección a Frankie. El brazalete debió de quedar en prenda. Si perdió fuerte, Mildred no podrá saldar la deuda en dinero efectivo hasta el día primero de agosto —la idea semejó divertir a la muchacha—. ¡Oh, naturalmente! Un sapo como Frankie Bonanno es capaz de exprimir un jugo incalculable de ese brazalete estando Enoch de por medio.

—¿Una forma de chantaje?

—Resulta tentador. Enoch se horrorizaría si supiera...

—¿Desde cuándo son formales las relaciones entre él y Mildred?

—Desde hace una semana.

Steve emitió un gruñido.

—De modo que eso es lo que ocurre. Me pregunto por qué su hermana no me lo ha expuesto sin tapujos —titubeó—. Pero también puede ser que usted se equivoque.

La muchacha había vuelto la cabeza.

—También. Y también puede ser que esté mintiéndole.

Fantaseando. Divirtiéndome a su costa —rió en un susurro—. Suponga que el brazalete lo he robado yo y que Mildred lo sospecha. Para no provocar un escándalo, en lugar de avisar a la policía y a la compañía aseguradora encargaría a un detective privado la tarea. No soy una jovencita recomendable, señor Sissek. Ninguna chica con demasiado dinero y demasiada libertad lo es. Pregunte a Enoch, por ejemplo, lo que opina de mí.

—¿A Enoch?

—Ahí viene.

Steve miró en la dirección en que miraba ella.

Un deslumbrante «Thunderbird» rojo se detenía unos metros más allá.

El hombre que se apeó llevaba muy bien sus cuarenta años. No aparentaba más de treinta y cinco. Una ligera calvicie hacía su frente más despejada. Tenía la cara larga, seria, varonil y de buen parecer; los ojos negros y duros, la boca grande, la mandíbula firme. Estaba curtido por el sol. Era alto, sólido, atlético, sin grasa ni nada. Vestía un elegante traje azul y calzaba zapatos blancos y negros.

—¡Hey, Enoch! —le llamó la muchacha.

Bajaba apresuradamente el cristal de la ventanilla. Cuando él llegó se despezó ante sus ojos, ostensiblemente, poniendo en evidencia sus formas, dedicándole una sonrisa.

El hombre no entró en el juego. O fingió no entrar.

—Hola —dijo, impasible. Su largo y grave rostro hubiera podido ser el de un puritano coriáceo, pero había en el fondo de sus pupilas un fulgor que le traicionaba—. ¿Está en casa Mildred?

—No sé si estará para ti —replicó la rubia venenosamente—. Enoch, te presento a mi nuevo amigo: Steve Sissek, de Los Ángeles. Salió de presidio anteayer. Dos años a la sombra por corrupción y trata de blancas. Ahora anda en el negocio de la cocaína. Le he hablado muy bien de ti y cree que podréis hacer juntos algunas operaciones.

—Tú siempre tan amable, Doddy —los labios de Enoch Harper se tensaron en una mueca de desagrado—. Mucho gusto, señor Sissek. Hasta otra.

Dio media vuelta y se alejó hacia la casa.

—Le detesto —murmuró la joven—. Detesto a los tipos como él. ¡Oh, Cristo! Los colgaría a todos de un cohete y los despacharía hacia la luna.

—Sin embargo, son los hombres como él quienes hacen posible la existencia de mujeres como usted —dijo fríamente el detective—.

Para holgazanear, tomar el sol y comprar lindos vestidos se necesita un pagano. Dinero, nena. Alguien tiene que ganarlo, reventando como reventaron el padre de usted y Teddy, como un día reventará Enoch Harper.

—El dinero me da náuseas.

—Todo lo que se posee en exceso da náuseas.

—¡Ni hablar! Usted no me conoce. Soy como mi madre, señor Sissek. Ella amaba a un hombre que tenía el corazón envuelto en dinero. Se dedicó con todas sus fuerzas a quitar la envoltura, confiando en encontrar algún día el corazón desnudo. Le he dicho ya que estuvo a punto de lograrlo. Sin un centavo, lo juro, yo sería inmensamente feliz. Pero el dinero es un veneno, una droga que le corrompe a una la sangre; un tóxico que crea hábito y esclaviza hasta la muerte.

—Y que enseña a mentir.

—También.

Steve había mantenido la mirada fija en Harper hasta que este desapareció en el interior de la casa.

—¿Qué espera usted de mí, muñeca? No niegue que espera algo. Esta conversación oculta un propósito.

—Quizá.

—Bien, soy un hombre que necesita trabajar para vivir. No puedo entretenerme con una rubita más que los fines de semana.

La muchacha se echó atrás en el asiento. Sonrió perezosamente.

—Deme entonces una cita para el próximo sábado. Esta conversación, si quiere saberlo, ocultaba dos propósitos, y solo el primero se ha cumplido. Era averiguar para qué necesitaba mi hermana un detective privado.

—¿El segundo?

—Lo sabrá el sábado.

—Lo sabré ahora —dijo Steve.

Se inclinó, rodeó con un brazo la firme y esbelta cintura de la joven y atrajo a esta hacia sí. No encontró resistencia. No la encontró mayor que si hubiera atraído hacia sí un pelele.

Y tampoco un pelele hubiera recibido su beso con mayor pasividad.

Los ojos destilaban desdén.

Steve retiró las manos con repugnancia y escupió a través de la ventanilla abierta.

—Usted se lo ha buscado —dijo la muchacha—. Uno de los hábitos que el dinero inculca es el de hacer de los hombres lo que una quiere y cuando una quiere.

—Tendió la mano hacia la manija de la portezuela—. Adiós, señor Sissek.

El contenía la respiración.

—Aguarde.

—¿Ahora? Ha comenzado echándome del coche, recuérdelo.

—Es solo una pregunta.

—La respuesta será «no».

—Ya veremos. ¿Quién tiene aterrorizada a Mildred?

La muchacha, que había comenzado a abrir la portezuela, se detuvo.

—¿Cómo?

—La advertencia de usted, se lo he dicho antes, me ha inducido a rechazar el trabajo que me ofrecía su hermana, pero no ha sido la única razón. Había otra muy importante. Su hermana se ahoga de miedo. Alguien la ha asustado. Un hombre. Pretender, en su estado de ánimo, que necesita los servicios de un detective para que encuentre un brazalete que ha perdido, es aproximadamente lo mismo que oír a una persona que muere de cáncer reclamar urgentemente un cirujano para que le extirpe la verruga que le ha salido en la oreja. Yo no puedo aceptar un encargo en esas condiciones.

—¿Mildred asustada? ¿No serán figuraciones suyas?

—Asustada es decir poco: enferma de terror. Y no sin motivo. Por estas cercanías merodea un personaje extraño, alguien que pasea por la playa vestido de negro de pies a cabeza, tocado con un sombrero de alas caídas...

—Usted ha leído la historia de Jack *el Destripador* —interrumpió la muchacha ásperamente.

—Probablemente es ese hombre quien la ha leído. A ver, míreme a la cara.

—¡Que le mire su tía! —la joven concluyó de abrir la puerta y se apeó de un salto—. Váyase al diablo, señor Sissek.

—Usted ha visto también a ese personaje, ¿no es así?

—Le digo...

—¡Conteste! ¿Quién es ese hombre? ¿Qué significa su presencia?

A cuatro pasos del coche, la muchacha se volvió y contempló a Steve con los brazos en jarras. Sus ojos brillaban, sus ávidos labios estaban entreabiertos. Ceñido por la blusa blanca y los pantaloncitos amarillos, su cuerpo tenía la dureza fresca y jugosa de la fruta a punto de madurar. El sol acariciaba sus doradas piernas.

—Es usted el primer tipo a quién doy un chasco y me responde con un cuento de fantasmas —dijo burlonamente—. No está mal

como técnica, lo reconozco.

—Dar un chasco solo divierte a las colegialas. ¿Quiere o no quiere contestar a mis preguntas?

Ella sacudió la cabeza.

—Sus preguntas no tienen respuesta, señor Sissek. Y me gustaría saber qué cuerno le importa todo esto si realmente se ha negado a aceptar el trabajo que le ofrecía Mildred.

El detective suspiró. Se acomodó en el asiento y apoyó de nuevo las manos en el volante.

La tensión de su cuerpo se relajó.

—Eso mismo exactamente me gustaría saber a mí —dijo.

Y puso el automóvil en marcha.

CAPÍTULO III

Donaldson confesó:

—No le entiendo. No acabo de comprender sus razones.

—Llámelo conciencia profesional —dijo Sissek—. En primer lugar, usted tuvo la amabilidad de recomendarme a la señora Kelly sin conocerme personalmente, y me creo obligado a agradecersele y a excusarme por no haberme mostrado a la altura de la recomendación que hizo de mí. En segundo lugar, trato de asegurarme de que he obrado bien. Jamás acepto un encargo si el cliente no juega limpio conmigo, pero lamentaría que mi negativa ocasionara a la señora Kelly algún perjuicio grave.

—Perfectamente, perfectamente —el abogado era hombre nervioso—. Sin embargo, ¿por qué afirma que la señora Kelly no iba a jugar limpio con usted? Eso suena un poco fuerte, diría yo.

La mirada del detective estudió a Donaldson con atención. Fofó, las gafas inestables en la nariz grasienta, la tez blanca y enfermiza, con el aspecto típico del fulano que ha estudiado mucho y vivido poco, el abogado no era precisamente un compendio de atractivos personales, pero había en sus ojos miopes inteligencia y honestidad. Poseía un despacho sobrio y de buen gusto, lleno de libros encuadernados en piel, adornado con una figura de bronce. Ningún detalle frívolo, eso no. De ninguna especie. Steve había comprobado en la antesala la tranquilizadora fealdad de las dos taquimecas.

—Es usted el representante legal de Mildred Kelly y supongo que no hay inconveniente en que le hable claro —dijo—. La señora Kelly pretendía contratarme para que recobrase un brazalete que le ha desaparecido no sabe cómo, o que asegura no saber cómo. Tengo razones para suponer que ese brazalete, regalo de su difunto marido, se encuentra en manos de un sujeto llamado Frankie Bonanno y que se lo ha entregado ella misma Bonanno, usted debe de conocerle, no es individuo para que uno ande haciendo cabriolas a su alrededor. Regenta un club nocturno en Maldonado Beach donde se explota el juego con absoluta impunidad; tiene relaciones políticas poderosas y es evidente que desempeña un papel importante en los tinglados criminales montados a lo largo de la costa, desde Santa Bárbara a San Diego, con excepción de Los Ángeles ciudad. Esto lo sabe todo el mundo. Bonanno vino a

California con Johnny Palermo, encargado de organizar el hampa del Estado en beneficio de las bandas sindicadas. Cuando Palermo fue procesado y condenado, Bonanno se vio envuelto en la investigación, pero un golpe de suerte le permitió salir absuelto por insuficiencia de pruebas. Yo seguí de cerca el caso. Sé que la caída de Johnny Palermo hizo de su ayudante un personaje más destacado, en su esfera, de lo que muchos creen.

Donaldson escuchaba con impaciencia.

—Los asuntos criminales no son mi especialidad. Si usted afirma que ese hombre es peligroso, Sissek, tendrá sus motivos, no lo pongo en duda. Pero que la señora Kelly le entregue un brazalete, y luego le contrate a usted para recobrarlo...

—Parece raro, ¿no? Bien, precisamente porque parece raro rechacé el asunto. Una corazonada.

—¿Usted sabía que el brazalete estaba en poder de Bonanno?

—No lo sabía —admitió el detective—. Me bastó con observar que Mildred Kelly representaba una farsa. Noté que estaba asustada y que ese cuento del brazalete era solo la tapadera de sus preocupaciones. Vi que un hombre rondaba la casa, un extraño individuo vestido de negro. Ella se hizo la tonta. No me gustó la situación. Luego comprobé que mi olfato no me había engañado.

—¿Por qué?

—Porque alguien me dijo que la señora Kelly había llevado desde que enviudó una vida más bien irregular, y que muchas de sus irregularidades se han relacionado con Frankie Bonanno; que ha dejado mucho dinero en las mesas de juego del club que Bonanno regenta, que estuvo allí la última noche que llevó el brazalete, y que este se quedaría sin duda como prenda de una apuesta perdida y no pagada. Mildred Kelly calculaba saldar la deuda a primeros de agosto, fecha en que dispondría de dinero líquido. En el momento en que depositó el brazalete, su acción no tuvo la menor importancia: aplazaba el pago por pura comodidad. Pero dos días después se comprometió en matrimonio con Enoch Harper, y esto cambió el significado de las cosas. Harper es muy rígido, un moralista intransigente, poco inclinado a la comprensión. Además tiene una fortuna de varios millones. Fue íntimo amigo del marido de Mildred y es de suponer que conoce el brazalete, que sabe que Teddy se lo regaló a su mujer poco antes de morir, que se lo ha visto llevar a ella recientemente. ¿Todo esto no le sugiere a usted nada?

Las manos del abogado eran blancas y gorditas. Sus dedos redoblaban inquietos sobre el escritorio.

—Me lo está sugiriendo usted. Bonanno ha aprovechado el

hecho de hallarse eventualmente en posesión de esa joya para hacerle un chantaje a la señora Kelly, amenazándola con esgrimirla ante Harper como evidencia de quién sabe qué historia licenciosa. Conozco a Enoch Harper. Sé, por añadidura, que Mildred Kelly desea con verdadero anhelo casarse con él... ¡Cielos, Sissek! ¿Ella ha recurrido a usted, y usted la ha dejado en la estacada?

—Ella no ha recurrido a mí para que persuada a Bonanno de que le devuelva el brazalete. Ni siquiera le ha mencionado.

—De todos modos...

—No.

—¿Quién le ha contado a usted todas esas cosas?

—Su hermana.

—¡Su hermana! ¿Se refiere a Doddy Wallace?

—Una rubita. Harper la llamó Doddy, en efecto.

El pálido rostro de Donaldson se había contraído en una mueca de disgusto. Detrás de las gafas, sus ojos brillaban con excitación.

—¿Qué ha sido exactamente lo que le ha dicho Doddy?

—Me ha descrito a Enoch Harper, me ha hablado de las relaciones de Mildred y Bonanno, ha mencionado la posibilidad de que el brazalete quedara en prenda en el Stars Club, ha tratado superficialmente la historia de su familia. Una amena conversación.

—En otras palabras, le ha ofrecido los elementos de la hipótesis que acaba usted de exponerme.

Steve miraba fijamente al abogado.

—Sí.

—¡Esa condenada criatura! Veamos, Sissek. Si la señora Kelly ha entregado el brazalete a Bonanno y es víctima de un chantaje, y si deseaba contratarle a usted para resolver ese asunto, ¿por qué no se lo dijo así?

—No lo sé.

—¿Usted vio que un hombre rondaba la casa?

—Sí.

—¿Quién era?

—No lo sé.

Donaldson había cerrado los puños. Sus fofas mejillas se cubrían de un ligero rubor.

—¿Usted conocía ya a alguna de las hermanas Wallace? ¿A Doddy o a Mildred?

—No tenía esa desgracia.

—Está bien. Sepa entonces que Doddy es la clase de mocosa que me haría desear la muerte si fuera hija mía. Una muchacha indisciplinada, desvergonzada, absolutamente salvaje, rebelde y

antisocial. Desde que murió Ted Kelly no ha conseguido nadie meterla en cintura. Corre en pos de los hombres como una zorra, no tiene pudor, no tiene dignidad. Elige sus amigos entre la escoria; gamberros, delincuentes, presuntos artistas y presuntos intelectuales barbudos; la fauna que usted puede imaginarse. Borracheras, escándalos, lo que quiera. Tira el dinero como quien tira confeti. A veces es injusto culpar a los padres de los defectos de los hijos, pero en este caso salta a la vista que la chica ha salido a su madre. Tenía que ser. El viejo Wallace perdió el juicio por ella...

—¿Era bonita?

Donaldson tosió.

—Lo era, por supuesto.

—¿Cuál es la historia?

—Como tantas. Wallace se casó con una joven de excelente familia, heredera de unas propiedades en el valle de Santa Margarita, que él tuvo la habilidad de convertir en la base de su fortuna. Enviudó cuando su hija Mildred había cumplido ya los siete años. Algún tiempo después cayó en las redes de una corista de Hollywood veinte años más joven que él. Le sorbió el seso y le chupó el dinero. Llevaron juntos una vida de locura, hasta que ella murió dejándole una segunda hija, Doddy. Wallace nunca se recobró del golpe. De no ser por el talento de Ted Kelly, que se casó con Mildred y empuñó el timón de los negocios, de la fortuna de Jerry Wallace no quedaría un centavo.

—Supongo —dijo suavemente Steve— que Mildred ha salido a su madre: honesta, sensata y distinguida. Una chica con el buen juicio de elegir el marido conveniente.

—Pues sí.

—Se rumorea, sin embargo, que ha cometido algunas locuras desde que su Teddy la palmó.

—¿Dónde ha oído esos rumores? —preguntó el abogado con desconfianza.

—¿No son ciertos?

—Confiese que no son ni rumores. Se lo ha dicho Doddy.

—¿Por qué iba Doddy a poner en entredicho la reputación de su hermana?

—Porque se divierte con esas cosas. Porque las locuras de Mildred justificarían en cierto modo las suyas...

—Usted siente por la señora Kelly especial debilidad.

El rubor de Donaldson se acentuó.

—La señora Kelly es mi cliente. Una persona de bien, una dama en el más amplio sentido de la palabra. No traiciono el secreto

profesional al asegurarle que nunca he tenido que representarla en un asunto deshonesto. Todo es recto y claro en su vida.

—¿Recto y claro como ese cuento del brazalete?

—Temo que haya en eso una mala interpretación.

—¿Por parte mía?

El abogado titubeó.

—Sissek, no se ofenda si le digo que es usted joven y probablemente impresionable. Creo que en su modo de pensar respecto a toda esta cuestión ejerce Doddy Wallace excesiva influencia.

—Una influencia... llamémosla perniciosa.

Donaldson parecía incómodo.

—Prescindamos de ello, por favor. Volvamos al motivo de su visita. Ha dicho usted antes que acudía a mí, en parte, porque deseaba asegurarse de que había obrado bien rechazando el trabajo que le ofrecía Mildred Kelly. ¿Aceptaría mi opinión y mi consejo, Sissek?

—Agradecido.

—Considere de nuevo su decisión, entonces.

—¿En el sentido de hacerme cargo del trabajo?

—Sería lo más prudente. Si la señora Kelly solicita los servicios de un detective, es seguro que los necesita. Estoy preocupado por ella.

Steve sonreía vagamente.

—Voy a decirle algo que aliviará su preocupación. Una segunda hipótesis. Imagine a una muchacha descarriada, desvergonzada y falta de escrúpulos, rodeada de amigos indeseables, pero portadora de un apellido prestigioso. El dinero vuela como confeti. Surge de improviso un apuro, una necesidad apremiante. No hay manera de conseguir fondos a corto plazo. Pero he aquí que la hermana de la muchacha descarriada posee en abundancia joyas de valor, muy mal guardadas, colocadas simplemente en un joyero al alcance de la mano. La muchacha cae en la tentación. Una cualquiera de las joyas puede remediar momentáneamente su apuro... Al notar la falta de la joya, la hermana, persona de recto criterio y excelentes principios sospecha enseguida la verdad. Interpela a la díscola jovencita y esta se niega a reconocer su culpa. ¿Qué hacer? Hay que evitar el escándalo. ¿Si a pesar de todo no fuera culpable? ¿Y aun si le fuera? Avisar a la policía y a la compañía aseguradora, ni hablar. Es imprescindible la mayor discreción. ¿Entonces? Entonces resulta conveniente un detective privado, debidamente recomendado por un abogado de absoluta confianza...

La mirada de Donaldson se había endurecido.

—No siga, Sissek.

—Estoy ahora en el buen camino. ¿Es eso lo que piensa?

—¡Claro que sí! ¡Es lo único que se puede pensar!

—O sea, que la perversa Doddy ha robado el brazalete de su hermana para salir de uno de sus frecuentes líos. La sensata Mildred, por su parte, pone el asunto en manos de un detective privado con objeto de evitar el escándalo y hacer las cosas con la máxima discreción.

El abogado asintió con grave gesto.

—Resulta tan difícil manejar a una criatura así...

—Una criatura como Doddy.

—Sí.

—¿Es mayor de edad?

—Sí.

Steve se puso en pie sin prisa.

Donaldson le miraba, pero como si no le viera; como si a través de él estuviera presenciando las escenas de desenfreno y corrupción a que la juventud descarriada solía entregarse.

—Quizá le agradaría saber —dijo el detective— quién me ha sugerido esa segunda hipótesis tan convincente.

El obeso abogado pestañeó.

—Es más que una hipótesis, Sissek. Por desdicha, yo la considero más que una hipótesis.

—Estaba seguro. También lo estaba la persona que me expuso la idea.

—¿Sí?

—Fue la propia Doddy.

Donaldson abrió la boca.

—No comprendo.

—Ya sé que no comprende. Lograr que usted comprenda, que la gente de su mentalidad comprenda, es tan imposible como inculcarle a un ciego de nacimiento la noción de los colores.

—¿De qué está usted hablando? —exclamó el abogado.

—Dejémoslo —Steve se encogió de hombros—. Por minutos me siento más y más satisfecho de haber rechazado ese trabajo. Donaldson, le deseo suerte. O mucho me equivoco, o a todos ustedes les esperan serias complicaciones. A propósito, es usted el abogado particular de Mildred Kelly, pero también el consejero de la Lifeguard Insurances. ¿Están las joyas de la señora Kelly aseguradas en esa compañía?

—No.

¿Serías complicaciones?

Steve tuvo un barrunto de la primera de ellas al ver el «Austin-Healey» gris plata estacionado bajo las acacias de Rochester Street, frente a su oficina, cuando regresó a esta después de visitar a Donaldson. Doddy Wallace se encontraba al volante.

—No es sábado aún —dijo el detective.

Pero enseguida notó que la actitud de la muchacha había cambiado. En lugar de burla agresiva reflejaban sus ojos una intensa emoción. Sendos surcos se grababan en las comisuras de sus labios. Su cuerpo estaba rígido, en posición forzada. Vestía la misma blusa blanca que anteriormente, aunque una falda azul celeste sustituía ahora sus pantaloncitos, y un pañuelo de gasa negra ceñía su cabeza.

—Venga —pidió—. Estaba esperándole.

Steve la examinó con curiosidad.

—¿Ir adónde?

—A casa.

—¿Por qué?

—Porque alguien acaba de matar a Enoch Harper.

CAPÍTULO IV

El mar apareció entre las palmeras: la visión sedante de una luminosa llanura azul, donde una franja de espuma blanca señalaba el arco de las rompientes.

—¿Han avisado a la policía? —preguntó Steve.

—A nadie. Solo a usted.

—Eso ha sido un error, Doddy. Yo no puedo hacer nada.

La muchacha sacudió la cabeza. Sus delicadas manos gobernaban el rápido vehículo con precisión, ciñéndolo a las curvas, haciendo que el motor respondiera a sus órdenes como un ser vivo.

—Usted puede ayudar a Mildred.

—¿Acaso necesita ayuda?

—Mucha.

—No lo creo.

—Usted no la conoce bien, señor Sissek. Pocas personas la conocen bien. Su aplomo engaña. Es débil, cobarde, indecisa, y está desesperada. Toda su vida la ha pasado haciendo, no lo que deseaba hacer, sino lo que pensaba que debía hacer. Se ha esclavizado a la respetabilidad y las buenas formas, y el día que rompió las cadenas se asustó tanto que su única preocupación fue volverlas a componer lo antes posible y del modo que fuere.

—Ese modo tenía que ser Enoch Harper.

—Exacto. Celebro que sepa usted ver las cosas.

—O la apariencia de las cosas, nena.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Me sorprende que de pronto se muestre usted tan compasiva hacia su hermana. Me sorprende todo aquello de lo cual no vislumbro el motivo. Este asunto ha dejado de ser una tontería de niñas ricas desde el momento en que ha muerto un hombre.

—Nunca ha sido una tontería de niñas ricas —replicó la joven áspidamente.

—Quizá. ¿Qué ha pasado con Harper?

—Le han matado, ya se lo he dicho.

—¿Quién?

—No lo sé.

—¿Está segura de no saberlo?

La tensión interior de Doddy se manifestaba en la furia con que su pie oprimía el pedal del gas. El pequeño descapotable gris plata volaba sobre la pista como una flecha.

—¡Naturalmente que estoy segura!

—Cuénteme los detalles.

—¿Qué detalles? No los hay. He oído un tiro, he corrido rápidamente y he encontrado a Enoch tendido en la arena. Mildred lloraba como una histérica. No me ha dicho más que una cosa: que fuera a buscarle a usted a las señas de su oficina. Eso es lo que he hecho. Usted estaba ausente. Ha llegado cuando llevaba cuatro o cinco minutos esperándole. Si hubiera tardado más... Bien, no sé.

—¿Qué?

—Creo que me hubiera vuelto a casa.

—¿Por qué no avisar a la policía?

—¿Qué demonios puede hacer la policía?

—Capturar a la persona que ha matado a Harper, por ejemplo —dijo incisivamente el detective—. La policía puede hacer lo que, según veo, a usted no le interesa que haga nadie. Del asesino, ni una palabra. Lo único que usted quiere es ayudar a Mildred, que la ayude yo, que la ayude quien sea. ¿Ayudarla a qué? Eso suena un tanto raro.

A la derecha surgió la línea dorada de la playa. La casa blanca y roja estaba al fondo.

Los neumáticos del «Austin-Healey» chirriaron sobre el asfalto en la siguiente curva.

—Es posible que no me haya expresado bien —declaró Doddy.

—¿A Harper le han matado de un tiro?

—Sí. Es decir, he oído un tiro, y él está muerto.

—¿Dónde?

—En la playa.

—¿Qué hacía en la playa?

—Pues... no lo sé. No creo que hiciera nada de particular.

—¿Estaba solo?

El entrecejo de la muchacha se había fruncido.

—Supongo que estaba con Mildred. Estaba solo cuando le he encontrado.

—¿Y ella?

—En casa.

—Pero sabía que él había muerto. Dice usted que lloraba.

—Sí, lo sabía, claro que sí. No he tenido tiempo ni de pensar en ello. Mildred debía de estar con Enoch en la playa cuando le han matado, y ha huido hacia casa. Pregúnteselo a ella.

Steve escrutaba el rostro de la joven.

—En este momento es a usted a quién lo pregunto. No es lógico que se haya marchado usted a Los Ángeles dejando a su hermana en plena crisis de histerismo, con el novio muerto a pocos pasos y un asesino merodeando por los alrededores. Mi oficina tiene teléfono. Si tanta prisa había en solicitar mi ayuda, una simple llamada hubiera sido más rápida e igualmente eficaz.

—Lo tendré en cuenta la próxima vez que me tropiece con un cadáver —replicó Doddy, colérica—. ¿Imagina que Mildred y yo estábamos en condiciones de reflexionar? ¿Qué efecto supone que me ha causado ver a Enoch muerto en la playa? ¡Oh, Jesús! Apenas ella le ha mencionado a usted, me he puesto una falda, he cogido un pañuelo y he saltado al coche. No sé siquiera cómo he llegado a la ciudad. He empezado a serenarme mientras le esperaba.

El coche redujo su velocidad.

—Perder la serenidad es una buena excusa para hacer según qué cosas. ¿Dónde estaba usted cuando ha oído el tiro?

—En el embarcadero.

—¿Qué embarcadero?

—Ya lo verá. No lejos de casa hay unas rocas que interrumpen la playa y se adentran en el mar formando un promontorio. Las hemos aprovechado en parte para construir un muelle y un hangar de embarcaciones.

—¿Qué hacía allí?

—Engrasaba el motor de mi lancha.

—¿El tiro ha, sonado próximo?

—No puedo juzgar... El rumor del viento y del mar en las rocas engaña. Pero he oído el tiro distintamente. He salido del hangar para convencerme. Al principio no he visto nada. Luego he subido a las rocas. Desde allí se distinguía una forma oscura en la arena. He tenido... he tenido un presentimiento. He corrido. Era Enoch.

—Su cuerpo podía verse desde las rocas, dice.

—Se veía una cosa oscura.

—¿Ha visto también a Mildred?

—No.

—¿No la ha visto entre el cuerpo y la casa? ¿No la ha visto huir?

—No.

—Se habrá dado mucha prisa, entonces.

—Seguramente ha tenido tiempo de llegar a la casa antes de que yo subiera a las rocas.

—Seguramente.

La casa.

Doddy aplicó los frenos y abandonó la carretera por el camino privado. Al cesar el viento que producía la marcha, se percató Steve de que el sol derramaba cascadas de fuego. El calor asfixiante reverberaba en la tierra.

—¿Por qué hace usted este papel? —inquirió la muchacha—. No creo haberle dado motivo para que no crea, o aparente no creer, una palabra de lo que digo. Me ha llevado a usted un impulso espontáneo, un impulso que también ha sentido Mildred. Este es su trabajo, ¿no? Si le desagrada, déjelo. No pretendo obligarle a nada contrario a su voluntad. Simplemente, una acude al médico cuando se siente enferma...

—O a un almacén de juguetes cuando siente el capricho de comprar un títere.

El coche se detuvo. El zumbido del motor cesó.

La joven se volvió hacia Steve, apoyó una mano en su hombro y le miró a la cara.

—Por favor, señor Sissek, olvide lo que le dije antes —sus ojos tenían una expresión vehemente—. Todo es distinto ahora. Una colegiala puede convertirse de pronto en mujer y avergonzarse de su conducta... No me obligue a humillarme, se lo ruego. Le pido perdón. Daría cualquier cosa por no haberle ofendido.

—¿Daría cualquier cosa? —preguntó el detective suavemente.

La presión de la mano en su hombro se hizo más firme.

—Sí, cualquier cosa. Palabra.

—¿Cinco mil dólares?

Doddy retiró la mano.

—¿Dinero?

—¿Pues qué pensaba que iba a pedirle, mocosa? Por cinco mil dólares de prima inicial estoy dispuesto a olvidar ofensas y a intervenir en su maloliente asunto. Trabajo por dinero. Lo demás puede guardárselo donde más le estorbe.

Los ojos de la muchacha centellearon. Había enrojecido.

—Está bien, tengo merecido esto. Es su revancha.

—Se equivoca —Steve abrió la portezuela para apearse—. Si fuera mi revancha no saldría tan bien librada. Me limito a aprovechar la ocasión de pescar en río revuelto.

Saltó a tierra.

Por un claro de las enredaderas de la pérgola se veía una figura de mujer. Steve reconoció el cabello rubio rojizo de Mildred Kelly.

Entró en la casa con Doddy pisándole los talones.

Mildred estaba en la sala y miraba en su dirección. Vestía un corto albornoz de baño que dejaba al descubierto sus piernas.

Calzaba chinelas de suela de corcho. Sostenía en la mano un vaso.

Detrás del detective, la joven murmuró:

—Buena se ha puesto.

El tardó unos segundos en comprender a qué se refería. La mirada extraviada y el aire de estupor de la pelirroja se lo revelaron, empero: una cogorza. Mildred estaba llena de alcohol hasta las cejas.

—Atiéndala —dijo.

Atravesó la casa sin detenerse y bajó a la playa por la terraza del otro lado.

Soplaba una brisa ardiente, la brisa que sopla siempre a orillas del mar en las horas de calor intenso. No era muy fuerte, pero sí lo bastante como para erizar y arremolinar la fina arena.

Demasiado.

La primera mirada del detective había sido para las huellas que Mildred y Doddy debían de haber dejado al entrar y salir de la casa. Narices. En el tiempo transcurrido desde entonces la brisa había hecho su trabajo, y la arena estaba de nuevo virgen en lo que a pisadas se refiere.

Ningún rastro; ni de las mujeres, ni de Harper, ni del asesino o asesinos. Nada.

La arena se había depositado también en cierta cantidad sobre el cadáver, visible desde la terraza como algo sin forma concreta, como un montón de trapos sucios.

Steve se acercó.

La muerte era siempre asquerosa, pero lo era más cuando abatía de improviso a un hombre como Enoch Harper, tan sólido, tan elegante, tan joven, tan varonil. Cinco o seis millones. Horrible. El pobre tipo yacía de costado. Se le veía la cara, desfigurada por las muecas de la agonía. Era difícil identificar aquel guiñapo con el serio y apuesto personaje que se había apeado del «Thunderbird» rojo.

Arrodillándose a su lado descubrió el detective que tenía un balazo en el pecho. Uno solamente. Si no le habían disparado a boca de jarro, se trataba, bien de un tiro de suerte, bien de un alarde de puntería. La bala, al parecer, le había perforado el corazón.

¿Una bala procedente de dónde?

No podía afirmarse con certeza. A juzgar por la posición en que había caído, Harper se encontraba en pie y de cara a la casa cuando dispararon contra él. Pero su actual posición no era un dato fidedigno. Quizá giró en redondo, cuarenta y cinco grados, noventa,

ciento ochenta, ¿quién sabe? antes de derrumbarse. Quizá no estuvo de cara a la casa, sino de cara al mar; o quizá de cara a las dunas.

Las dunas.

Steve anduvo a lo largo de la playa en dirección norte. Allí, en las dunas, mientras conversaba con Mildred Kelly, había visto al hombre vestido de negro irreal como un espejismo, primera y absurda nota siniestra en el luminoso paisaje. Del hombre, ahora, no quedaba ni rastro.

Las dunas estaban desiertas. Fue inútil que el detective explorase el terreno con la esperanza de hallar la cápsula del proyectil que mató a Harper. Si el tiro fue disparado en aquel lugar —era una idea—, la cápsula había sido recogida por el asesino o se hallaba ya cubierta por la arena, como todo.

Ni cápsula ni nada.

En dirección contraria, hacia el sur, se adentraba en el mar el promontorio rocoso de que habló Doddy. Por encima de las rocas, la techumbre del hangar era visible.

Steve rehízo su camino. Pasó de largo ante el cadáver y siguió hasta el embarcadero.

Dentro del hangar había un pequeño balandro con el mástil desmontado, una piragua y una bonita motora blanca, esbelta, de proa aguda y línea tan deportiva y veloz como la del «Austin-Healey»; sin duda la lancha, su lancha, a que Doddy se había referido.

Muy bien.

La rubita engrasaba el motor cuando oyó el tiro.

Steve saltó a bordo.

La escotilla del motor estaba abierta. Más que el motor, empero, lo que llamaba la atención era la carabina automática «Schenk» que se veía al lado.

CAPÍTULO V

Aparte su aire de estupefacción, no parecía que la borrachera afectase mucho a Mildred. Estaba sentada en una butaca, las piernas juntas, inmóvil, mirando al frente. Su albornoz entreabierto permitía ver que llevaba debajo un *bikini* listado blanco y rosa.

Steve la contempló unos momentos desde la terraza, antes de entrar. Preguntó:

—¿Tira de botella con mucha frecuencia?

Doddy le esperaba bajo los arcos.

—De vez en cuando desde que murió Teddy —dijo con calma—. Es natural. Tiene miedo de encontrarse a sí misma.

—Muy romántico —Steve avanzó hasta detenerse ante la mujer—. A ver, princesa, ¿está usted en disposición de escucharme?

Ella le miró.

—Agradezco que haya venido —su voz sonaba un poco más chillona que de costumbre, pero conservaba admirablemente el dominio de sí misma—. Claro que estoy en disposición de escucharle, señor Sissek. Claro que sí. Lo peor ha pasado ya.

—Con buenos medicamentos se superan fácilmente las crisis —asintió él—. Venga acá, Doddy. Quiero saber por boca de las dos lo que ha ocurrido en esta casa desde que yo me he marchado. Cuente usted primero su parte.

—Pero...

—Su parte, nena.

—¡No, de ningún modo! —exclamó con energía la muchacha—. No tengo la menor intención de regalarle porque sí los oídos. Concretemos de una vez. ¿Trabaja usted para nosotras?

—¿En qué?

—En esclarecer el asesinato de Enoch.

—¿Está segura de que desea eso? ¿Está segura de que lo desea su hermana? Para esclarecer el asesinato se basta y sobra la policía.

Mildred levantó una mano.

—Por favor, un momento... No le he hecho venir por capricho, señor Sissek. Me mostró usted esta mañana que solo juega si le aseguran los triunfos. Este desgraciado, este horrible asunto tiene aspectos que la policía debe ignorar. Quiero que lo resuelva con la mayor discreción. Le pagaré lo que me pida.

—Cinco mil dólares de prima inicial —anunció desdeñosamente Doddy. Sus ojos estaban fijos en el detective—. Eso es lo que pide, Mildred, entérate.

—Eso es lo que le he pedido a usted —dijo Steve—. Pero usted no es su hermana, paloma.

—¿Y bien? —preguntó Mildred.

—Dejemos el dinero aparte. Me da no sé qué discutir estas cosas con un pobre tipo como Enoch Harper pudriéndose al sol.

La pelirroja cerró los ojos y volvió a abrirlos enseguida.

—Tiene razón. Vamos al grano, señor Sissek. El problema para cuya solución necesito su ayuda no es el de averiguar quién ha matado a Enoch. Consiste en lograr que el asesino sea castigado sin que se haga público el motivo del crimen.

Steve sostuvo la mirada de la mujer.

—Esperaba algo parecido. Permítame anticiparle que eso es imposible.

—¡Tiene que ser posible! ¡Tiene que serlo! Ya sé que no se condena a un hombre sin que el motivo de su crimen aparezca. ¡Solo deseo que el verdadero motivo permanezca oculto! Atribúyale usted otro. Le pagaré...

—Lo que pida, ya lo dijo antes. Si el *whisky* que ha bebido no le enturbiara el cerebro comprendería que, por mucho que me pague, no conseguiré que el asesino de Harper enmudezca. Y si no enmudece, él mismo cuidará de revelar el motivo. ¿Qué importa que le atribuyamos otro? Si realmente le condenan, si se ve perdido, hablará. No va a impedirlo ni el diablo.

—Consiga usted que enmudezca, entonces.

—No diga tonterías.

En las pupilas de Mildred Kelly había un brillo febril.

—No son tonterías. Piénselo.

—He tenido toda la vida para pensarlo.

—Le hablaré con mayor claridad...

—Ahórrese el esfuerzo. No soy un matarife. Ningún dinero en el mundo me induciría a serlo —Steve miró en torno—. Si eso es todo, terminemos ya. Debo llamar a la policía.

Sonó de súbito la risa desvergonzada y susurrante de Doddy.

—¿Era o no cierto que Mildred necesitaba ayuda, señor Sissek? ¡Y no conoce usted todavía la historia! Invítela a que se la cuente ahora que tiene los nervios de punta y el alcohol le ha desatado la lengua.

El detective se volvió a ella lentamente. Tumbada en el diván, la falda recogida, las piernas cruzadas, la rubia jugueteaba con el

pañuelo de gasa que se había quitado de la cabeza. Toda su emoción había desaparecido. Una insolente sonrisa asomaba a sus labios.

—De modo que están ustedes de acuerdo —dijo él—. De modo que hay una historia y que usted la conoce. Esto parece descartar la hipótesis de que usted le ha robado el brazalete a su hermana y ella contrata a un detective privado para que recupere sin escándalo la joya...

—Olvídese ahora de joyas. Explícale, Milly.

—Me vendrá bien un trago —sugirió la pelirroja.

—¡Explícale!

Mildred posó en el detective su vaga e inflamada mirada.

—A Enoch le ha matado un hombre llamado Sam Tugwell. Es un perturbado, un tipo que no está en sus cabales... Lo ha hecho para vengarse de mí.

—¿De usted? —inquirió Steve—. ¿No del propio Harper?

—De mí.

—De las dos, en cierto modo —intervino Doddy—. De la Bubix, si lo prefiere. Nosotras encarnamos para él la compañía...

—Yo la encarno —insistió la pelirroja—. Su venganza es contra mí, personalmente contra mí. Doddy no cuenta. Fui yo quien le puso en la calle.

—¿Por qué razón?

—Por un error.

—¿Quiere decir por un error que cometió él? ¿Debo entender que era empleado suyo?

—Era nuestro apoderado en tiempos de Teddy, mi marido. Pero el error lo cometí yo. O ambos. Dos errores diferentes. Tugwell era la mano derecha de Teddy. Mi marido le había hecho subir, y en correspondencia él le adoraba. Por una razón que ignoro, a mí me profesaba en cambio, la más violenta antipatía: quizá un sentimiento instintivo; y recíproco, lo confieso. Siempre ha sido un tipo raro, un chiflado, un excéntrico, aunque sin gracia. No sé de nadie excepto de Teddy, que le apreciara de verdad.

—¿Y el error?

—El error de Tugwell consistió en creerse indispensable y no darse cuenta de quién mandaba realmente en la Bubix. Nuestra compañía produce conservas en el valle de Santa Margarita. Es una empresa que...

—Tengo una idea de eso. Siga.

—Bien, al morir Teddy quedó el negocio prácticamente en manos de Sam Tugwell. No niego su talento organizador, sus dotes comerciales. No niego ninguna de las virtudes que Tugwell

demostrara entonces. Pero odiaba a las mujeres, y en particular a mí, y le sacó de sus casillas que yo pretendiera intervenir en la fábrica, informarme, opinar, exigir cuentas. Él no toleraba intromisiones. No ocultó su disgusto y su desdén. Sabía comportarse con la descortesía, la grosería, incluso, de un semidiós. ¿Por qué tenía yo que consentirlo? Ambos estábamos apenados, exasperados, desasosegados por la muerte de Teddy. No era difícil que saltasen las chispas... Ya ve que trato de ser imparcial y juzgar las cosas desde un punto de vista equilibrado.

—El propio de una dama respetable —asintió Steve con dureza—. Respetable exteriormente. Es usted la misma persona dispuesta a untarme la mano si quito de en medio a Tugwell, no lo olvido.

Mildred se oprimió la frente con la mano. Su mirada se deslizó por un instante hacia el bar.

Titubeó.

—No haga esto más penoso de lo que es, señor Sissek —imploró, suspirando. Cerró su albornoz y se encogió como si tuviera frío—. Menos de tres meses después de la muerte de Teddy —prosiguió—, nuestro jefe de producción, antiguo colaborador de mi padre, casi un amigo, se dirigió a mí confidencialmente para hacerme notar ciertas irregularidades. Los créditos del Wulberg Bank, que se habían destinado a la expansión del mercado en Frisco...

—Dispéñeme de los detalles técnicos. El negocio de conservas me tiene sin cuidado.

—Como guste. A primera vista, como digo, parecía haber algunas irregularidades en el uso que se había hecho de aquellos créditos. Era Tugwell quien manejaba. Fui a pedirle explicaciones con la mayor buena fe, sin que en ningún momento me hubiera pasado por la mente la sospecha de que él hubiese incurrido en una deslealtad... Tugwell me negó las explicaciones. Se produjo una escena violenta. Él había cometido el error de juzgarme mal. Yo cometí otro mayor al juzgarle mal a él. Lo que antes no se me había ocurrido pensar, lo pensé entonces. Un desfalco. Su actitud no dejaba lugar a dudas. Fue como si me cayera una venda de los ojos.

—Y despidió a ese sujeto.

—Sí.

—Y él le declaró la guerra.

—No, no al principio. Era demasiado orgulloso —Mildred abandonó repentinamente la butaca. Al ponerse en pie perdió por un instante el equilibrio y se aferró con ambas manos al respaldo. Luego, con paso rígido, se encaminó al bar—. Orgulloso como para

destruirse a sí mismo y a cuantos tenía cerca —añadió desde allí—. Ocurrió algo horrible. Tugwell era viudo y tenía una hija enferma, su única hija. Gastaba en cuidarla todo su dinero. Había hipotecado su casa. Cuando salió de la Bubix, precisamente por aquellos días, la chica necesitaba una operación. Tugwell vendió la casa y el coche. Una segunda operación. Una tercera. Solo un famoso cirujano de Nueva York podía hacerla. Había que ir a Nueva York, era cuestión de vida o muerte —Mildred descorchó ansiosamente una botella de *whisky*—. Debido a que estaba sin empleo, Tugwell no consiguió los préstamos que solicitaba. Todos los informes que sobre él se pidieron a la Bubix recibieron una respuesta negativa. Mientras tanto, la chica murió.

Steve escuchaba, a pesar suyo, fascinado.

La sala de estar, amueblada a la moda y proyectada para holgazanear en grande, y en la sala la soberbia mujer empapurrada de alcohol caro, con su *bikini* blanco y rosa, su albornoz entreabierto, su tez tostada, su sensual y provocativa esbeltez. Y delante el fantasma de la chica muerta; de la chica de Sam Tugwell, orgulloso y arisco como un semidiós, pisoteado y hundido, arrojado sin piedad a un abismo de angustia.

Aquel fantasma.

—Mildred no sabía una palabra de todo eso —dijo Doddy desde su diván. Balanceaba una pierna—. No lo sabíamos. Incluso a un estafador se le puede, o se le debe tender la mano cuando le abruman las calamidades.

El detective se volvió a mirarla.

—Pero Tugwell no era un estafador.

Mildred había echado *whisky* en un vaso y lo bebía puro, sorbo tras sorbo, con enfermiza avidez.

—Cállate, Doddy —exhaló el aliento—. No, Tugwell no era un estafador. Cierta día vino Phelps y puso en mis manos una carta. Phelps, Joe Phelps, nuestro antiguo jefe de producción, había sido ascendido a apoderado en sustitución de Tugwell. Le preocupaba lo ocurrido con este. Le quitaba el sueño. Durante todo aquel tiempo había estudiado el asunto de los créditos del Wulberg Bank hasta aclarar la última duda. Total, que no existían las aparentes irregularidades. Sam Tugwell era inocente. No había más que un embrollo, originado por la súbita muerte de Teddy, que poco a poco se había ido deshaciendo.

—¿Y qué?

—Era una situación espantosa —Mildred se volvió de espaldas—. Escribí personalmente a Tugwell presentándole mis excusas,

pero destacando que su actitud hostil y su mal carácter habían contribuido a la confusión. Le invité a que se reintegrara a su puesto si lo deseaba... Recibió la carta cuando acababa de morir su hija. Fue también después de haberla escrito y enviado cuando me enteré yo de su tragedia.

—¿Contestó? —preguntó Steve a media voz.

—Sí, contestó, por supuesto. En su carta decía que no descansaría hasta destruirme, que consagraría su vida a causarme daño, que no desperdiciaría ocasión de herirme en mis puntos más vulnerables. Era el mensaje de un hombre desesperado, de una mente trastornada por la desgracia. Puro desvarío. Y sin embargo, contenía una parte de verdad.

—¿Conserva esa carta?

—La quemé. Las he quemado todas.

—¿Ha habido otras?

—Han llegado de vez en cuando.

—¿Con amenazas?

—Con amenazas y, por decirlo así, con rendición periódica de cuentas. Dado el concepto que tenía de mí, Tugwell pensó que uno de mis puntos vulnerables era el dinero. Ha procurado por todos los medios perjudicarme. Ha repartido anónimos difamatorios entre los clientes y proveedores de la Bubix; en cierta ocasión halló uno de los camiones de la compañía estacionado en lo alto de una cuesta, soltó el freno e hizo que se despeñara con todo su cargamento; en otra consiguió, no sé cómo, adulterar nuestras conservas de piña, de modo que toda una partida de latas se echó a perder cuando ya estaba en el mercado. La lista de pequeños sabotajes es bastante larga...

—¿En las cartas se ufanaba Tugwell de ser autor de esas hazañas?

—Sí.

—¿No se le ha ocurrido a usted entregarlas a la policía?

Mildred se volvió de nuevo de cara al detective.

—Míreme, señor Sissek. Estoy borracha.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Si estuviera serena no le contaría lo que le cuento.

Informar a la policía significaría ventilar toda la historia.

—¿Por qué no ventilarla? Es carnada para los periódicos sensacionalistas, muy bien; es una incitación a ensañarse con las estúpidas herederas millonarias que se bañan en agua de rosas mientras las hijas de los desdichados que trabajan bajo su yugo, en la explotación y la injusticia, mueren rodeadas de miseria. Pero el

escándalo pasará.

—Me he hecho a mí misma todas las reflexiones que pueda usted hacerme. No. Desde que ocurrió el incidente me he resignado a considerar los ataques de Sam Tugwell, que al fin y al cabo carecen de importancia, como una compensación necesaria del daño que a él se le causó.

—Matar a Enoch Harper no carece de importancia, princesa.

—Por ello precisamente le cuento a usted estas cosas.

—¿Ha visto a Tugwell cometer el asesinato?

—No.

—Entonces ¿por qué está tan convencida de su culpabilidad?

Doddy anunció:

—Sam Tugwell es el hombre vestido de negro a quién vio usted en la playa esta mañana.

El detective continuaba mirando a Mildred.

—¿Es cierto eso?

—Sí —dijo ella.

—Me parece ridículo.

—Tugwell está loco —Mildred dejó el vaso vacío sobre el bar—. Nos instalamos en esta casa hace dos semanas. Desde entonces ronda por los alrededores, aparece y desaparece, nos vigila. Nunca hasta hoy había intentado nada, pero si lo que se proponía era destrozarme los nervios, le aseguro que lo ha logrado.

—¿Cómo sabe que era él?

—Le vi de cerca. Doddy también le vio. Y su última carta explicaba que iba a estar junto a nosotras para recordarnos constantemente la presencia de la muerte entre los placeres del mundo. Hacer esto en nuestra casa de Los Ángeles le hubiera sido imposible.

—¿Ustedes no viven aquí más que en verano?

—Solo en verano, y este es el primero. Esta casa fue terminada el pasado mes de octubre.

—¿Era Tugwell quien la había asustado esta mañana cuando he llegado yo?

—Era él. Le he descubierto de pronto al pie de la terraza, inmóvil como una estatua, negro de pies a cabeza, mirándome fijamente.

—¿Llevaba alguna arma?

—No la vi.

—Si hubiera llevado consigo, por ejemplo, una carabina, ¿lo hubiera notado?

—Vestía una especie de gabán... Podía tenerla oculta debajo si

no era un arma muy grande.

—Supongamos que se tratara de una «Schenk».

—No sé lo que es eso.

—¿Y usted, Doddy?

—¡No! —dijo distraídamente la aludida.

—Volvamos al asesinato. Cuando ha muerto Enoch Harper, señora Kelly, ¿estaba usted con él?

La pelirroja enderezó la cabeza.

—Sí.

—¿Qué fue lo que pasó?

—Yo iba a darme un baño en el mar —la voz se había hecho un poco más chillona todavía, pero Mildred no demostraba, aparte esto, la menor emoción—. Enoch y yo habíamos estado discutiendo un asunto. Él me acompañó playa abajo exponiendo sus últimos argumentos, pero hacía demasiado calor, demasiado sol, y a medio camino se detuvo para regresar. Le dije que me esperase bebiendo un trago. En el momento en que acabábamos de separarnos ha sonado un tiro en la casa, y Enoch ha caído. Ha sido tan repentino, tan inesperado, tan increíble... No creo que nadie comprenda lo que he sentido al agacharme y ver que estaba muerto, allí mismo, donde unos segundos antes se movía y hablaba. No lo comprendo ni yo. No era miedo, tampoco era pena; porque todo parecía demasiado irreal; quizá era furia, indignación, un arrebato de rebeldía. Enseguida he pensado en Sam Tugwell, y he echado a correr hacia la casa. Le habría... no sé, le habría despedazado caso de encontrarle.

—Pero no le encontré.

—No.

—Ni le vio retirarse tampoco.

—No.

—¿Podría jurar que el tiro fue disparado desde la casa?

—Sonó en la dirección de la casa.

—¿Harper venía ya hacia esta?

—Sí.

—¿Usted no estaba de espaldas a él?

—No, estaba a su lado, le veía. Empezaba a volverme para continuar andando hacia el mar. Enoch había dado ya dos o tres pasos.

—¿Qué más ocurrió?

—Nada más. Me puse a pensar confusamente, comprendí que Tugwell había al fin completado su venganza... No lo recuerdo con exactitud. Llegó Doddy y la envié en busca de usted...

—¿No pensó más que en Tugwell? ¿No pensaría también por casualidad en su brazaletes de platino y esmeraldas?

—No saque a relucir eso ahora. Olvídense del brazaletes y de lo que hablamos con respecto a él.

—Me preocupa más bien lo que no hablamos.

—Le digo...

—¿No existe relación entre el brazaletes y Tugwell?

—¡Ninguna, claro que no!

—¿Tampoco entre Tugwell y Frankie Bonanno?

Mildred enmudeció. Su actitud experimentó un cambio perceptible.

La voz burlona y tranquila de Doddy rompió el silencio:

—El señor Sissek y Frankie son antiguos conocidos, Milly. No es posible ocultarle determinadas cosas.

—No oculto nada —dijo bruscamente la pelirroja—. Simplemente, el brazaletes, maldito sea, ha pasado a segundo plano. No me interesa, no me importa. Señor Sissek, estoy intentando contratarle para que consiga usted el castigo de Sam Tugwell sin que su historia salga a la luz. Después de tanto hablar no sé aún si acepta o rechaza el trabajo.

Steve sonreía. Una sonrisa distante.

—Aceptaría el trabajo si consistiera en lograr el castigo del asesino de Enoch Harper. Pero no es eso lo que usted quiere. Lo que usted quiere, lo ha dicho claro, es conseguir el castigo de Sam Tugwell.

—¡Es lo mismo! ¿O insinúa usted que no es lo mismo?

—Puede no serlo. La historia que me ha contado usted, princesa, tiene demasiado aire de cuento infantil. ¡Una venganza refinada! Usted pretende que Tugwell no ha matado a Harper porque tuviera nada contra este, sino porque lo tiene contra usted. Es a usted a quién ha herido matándole a él. Ha fulminado ante sus ojos al hombre que amaba, ¡horrible experiencia comparable a la trágica muerte de su hija! y al propio tiempo ha causado su ruina económica, privándola no solo de los millones de Harper, sino de la ocasión de sacar a flote su tambaleante industria de conservas gracias al talento comercial del que iba a ser su esposo. ¿He descrito mal el panorama? Corríjame si me equivoco en algo.

—Sabe que no se equivoca —dijo Mildred, a la expectativa. Sus facciones se contraían revelando el esfuerzo que hacía por conservar clara la mente—. Es el crimen de un hombre que me odiaba con locura.

—¿Realmente? Cuesta creerlo, la verdad —Steve avanzó unos

pasos hacia la mujer—. La muerte de Harper la ha dejado tan fresca: le quería usted tanto como al primer desconocido con quien se cruza por la calle, y palabra que eso salta a la vista por mucho que se esfuerce usted en fingir lo contrario. En cuanto al dinero, Enoch Harper tenía solo cinco o seis millones. Una muñeca con una arquitectura como la suya, encanto, puede conseguir un marido de cincuenta o sesenta millones con solo proponérselo. ¿Dónde está la terrible venganza? ¿Qué necesidad había de matar a Harper si la idea era perjudicarla a usted? Permítame que me ría.

Apoyada pesadamente en el bar, Mildred miraba al detective a los ojos.

—¿Es eso lo que piensa de mí?

—Parte de lo que pienso.

—Márchese, entonces. Hemos perdido demasiado tiempo para que al fin resulte que no me sirve usted para nada.

No se trata de que yo le sirva o no —replicó Steve calmadamente—. Se trata de que un hombre ha sido asesinado ahí afuera y el culpable debe ser capturado, sea quien sea, esté donde esté, lo haya hecho por lo que lo haya hecho. No puedo aceptarla a usted como cliente, señora Kelly, por una razón de ética profesional: es posible que empiece trabajando para usted y el deber me obligue en cualquier momento a trabajar contra usted.

La pelirroja contuvo el aliento.

—¡Eso equivale a insinuar que yo estoy complicada en el crimen!

—Cualquiera sabe las sorpresas que reserva la vida. Pero le daré un consejo desinteresado: llame a Donaldson, su abogado, y expóngale lo que sucede; llame también a la policía y diga que usted y su hermana han descubierto en la playa el cadáver de Harper, sin más. Vístase. Usted y su hermana habían salido, Harper ha llegado durante su ausencia, y al regresar le han encontrado muerto. Aténgase a esta declaración que nadie puede refutar. La policía no mezclará a Tugwell en el caso si ustedes no le mencionan. Yo, mientras tanto, me ocuparé de él.

—¿Usted? ¿No ha dicho...?

—He dicho que no la acepto a usted como cliente. Por el momento. Pero no he dicho que me desentienda del asunto. Llame a la policía.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. Yo me marchó.

—No veo cómo... quiero decir...

Mildred estaba desconcertada.

—El *whisky* enturbia a veces la vista, princesa. Buena suerte.

Doddy saltó del diván y anduvo en pos del detective cuando este caminaba ya hacia la terraza.

Le dio alcance en el exterior.

—Steve.

Él se detuvo ante el «Thunderbird» del difunto Enoch Harper y lo contempló con mirada absorta.

—Señor Sissek para usted, nena.

—Está bien, señor Sissek. No pensará volver a la ciudad en autobús.

—Eso es exactamente lo que pensaba.

—Tonterías. Puesto que le he traído, yo misma le llevaré en mi coche. Vamos.

Steve sacudió la cabeza.

—Usted se queda aquí —súbitamente salió de su abstracción—. ¡Infierno! ¿Qué clase de mujeres son ustedes? Hay un ser humano muerto en la playa, tirado como una basura, sucio de arena, comido por las moscas. Ocúpense un poco de él. No toquen su cadáver, pero llamen a la policía. Me canso de decirlo.

—Sí, Steve; perdón, señor Sissek. Mildred la llamará.

—Y Usted estará a su lado.

—No sé...

—Estará a su lado para contestar cuando la policía le pregunte por qué hay a bordo de su lancha motora una carabina automática «Schenk», que es probablemente el arma del crimen.

—Sí, señor Sissek.

—Una carabina de la que hace un momento, cuando yo he mencionado la marca en presencia de Mildred, ha dicho usted no saber ni lo que era. ¿Por qué, Doddy? ¿Qué significa esa carabina allí?

La muchacha no contestó. Fijaba en los ojos de Steve una mirada soñadora, luminosa, lejana. Una sonrisa mostraba los dientes entre sus ávidos labios entreabiertos.

—¿No me oye? —insistió él.

—Discúlpeme... Pensaba en otra cosa.

—Diga, ¿qué significa? ¡Diga!

Doddy se encogió de hombros.

—No se enfade, señor Sissek, querido —su sonrisa era una caricia—. Pensaba solo en la sorpresa que va usted a llevarse la próxima vez que me bese...

CAPÍTULO VI

El muchacho alto y gordo, regresó enseguida. Cuando sonreía se parecía a Oliver Hardy, pero mucho más joven y con los ojos fríos y crueles de un reptil.

—Dice que pases —anunció—. Terminaba ahora mismo de almorzar.

—Envidio su suerte —replicó Steve. Echó a andar en pos de él—. En mi oficio no se almuerza todos los días, algunos por falta de dinero, otros por exceso de plomo en el estómago.

—Y otros por las dos cosas a la vez —el muchacho rompió a reír—. Eso sí que sería malo, ¿eh? ¡Perra vida!

Una puerta.

El amplio apartamento estaba decorado con lujo detonante. Último piso de un moderno edificio de Harvard Avenue, con una terraza-jardín en dos de sus lados. A través de sus ventanales se gozaba de una vista maravillosa.

Era el marco adecuado para Frankie Bonanno.

—Aquí está, jefe —dijo el muchacho gordo.

—Hola —saludó Steve.

Bonanno vestía un batín de seda escarlata y calzaba chinelas. Se adivinaba que iba desnudo debajo del batín.

Un criado mulato retiraba de una mesa platos sucios.

—¿Nos hemos visto antes?

—Algunas veces —declaró el detective—. Traté un poco a Johnny Palermo, Nunca tuve nada con él, ni con usted. Suelo trabajar para las compañías de seguros.

—¿Ahora?

—Digamos que ahora es una especie de visita personal.

—*Okay*. Siéntese.

Correcto.

Bonanno había hecho de la corrección de sus maneras una norma. Su personalidad dejaba huella siempre. Era un Apolo de treinta y cinco años, con el pelo negro y las sienes grises, alto y arrogante, perfectamente cincelado el rostro moreno, enérgico y duro. Una mirada de sus sombríos ojos podía tumbar conmovida a más de una mujer, y sin embargo no sentía por las mujeres sino un interés ocasional. Expandía vitalidad, llevaba

consigo el aura de magnetismo físico de un bello animal en el esplendor de su desarrollo. Pese a ello su fuerza estaba en la inteligencia. Era un hombre, no un bruto.

Steve se sentó en una butaca.

—¿Conoce a un tal Enoch Harper?

Bonanno encendía un cigarrillo. Contra el fondo luminoso de la ventana se dibujaba nítidamente su impasible perfil romano.

—Conozco a mucha gente. ¿Quién le envía a usted, Sissek?

—Nadie.

—Se ha abusado demasiado de las visitas personales, permítame que se lo diga. Yo mismo he empleado a detectives privados docenas de veces. Conozco su modo de proceder.

—Enoch Harper ha muerto.

Entre los dedos de Bonanno, el cigarrillo recién encendido despedía una regular columna de humo. La columna, súbitamente, se quebró.

—¿Muerto?

—Esta mañana.

—Hasta cierto punto esa es una buena noticia para mí. Depende de lo que haya detrás de ella.

Steve escrutó con la mirada los tenebrosos ojos.

—Supongamos que haya un brazalete de platino y esmeraldas.

—Supongámoslo. ¿Ha muerto Harper de un catarro o algo parecido?

—De un balazo en el corazón.

—¿Quién le ha hecho este favor al mundo?

—No lo sé.

—¿Dónde?

—A la orilla del mar, en Malabrigo Beach. A pocos pasos de la residencia de la viuda Kelly.

La expresión del rostro de Bonanno era hermética.

—Supongo que dice usted la verdad. Supongo también que su alusión a un brazalete de platino y esmeraldas no ha sido ocasional.

—¿Tiene manera de comprobarlo?

Sin responder, el hombre dio unos pasos y levantó el teléfono colocado sobre una mesilla. Marcó el número con la mirada perdida en el vacío.

—Con el teniente Galloti —pidió luego. Esperó—. ¿Tony? Frank al habla... Sí, no, no se trata de eso. Me dicen que ha habido un asesinato en Malabrigo Beach. Solo deseo que me lo confirmes. Muy bien —nueva espera—. *Okay*, Tony. Eso mismo. Gracias.

El aparato volvió a su soporte.

—¿Por qué iba a engañarle? —preguntó Steve.

Bonanno le miró en silencio. Despacio, con el cigarrillo prendido descuidadamente entre los labios y las manos ocultas en los bolsillos del batín, echó después a andar y abandonó la sala.

El mulato había dejado expedita la mesa.

El muchacho alto y gordo canturreaba tras de la puerta que conducía al vestíbulo.

Cuando regresó, Bonanno traía en la mano un objeto envuelto en papel de seda. Lo arrojó al detective, y este lo cazó al vuelo.

—Lléveselo y dígame que la espero esta noche en el club.

El envoltorio contenía un brazalete de platino de audaz diseño, incrustado de esmeraldas. Steve lo examinó sin demostrar sorpresa.

—¿A quién debo decir eso?

—A la persona en cuya representación, aunque lo niegue, viene usted. A Mildred Kelly. Y puesto que tiene ya lo que deseaba, le agradeceré...

El detective sostenía en alto el brazalete.

—¿Esto es el pago de algo?

—¡Oiga, Sissek!

—No se sulfure. Comprendo que, habiendo muerto Harper, la quincalla ha perdido su utilidad principal.

Pero todavía representa dinero. No es lógico que se desprenda usted de ella con ese gesto de gran duque.

—¿Dinero? —inquirió secamente Bonanno.

—Yo no le he pedido el brazalete. No he dicho que fuera el brazalete lo que deseaba. Tampoco he dicho que esté representando a la señora Kelly.

—Muy bien, lo digo yo. Entrégueselo de mi parte.

—¡Vuelvo a preguntar si es el pago de algo!

Un frunce de cólera apareció en el entrecejo de Bonanno.

—No me gustan sus medias palabras, Sissek.

—Me explicaré —asintió tranquilamente el detective—. Esta mañana acudía a la casa de la señora Kelly llamado por ella. Deseaba contratar mis servicios para recuperar un brazalete que había perdido o le habían robado, no lo sabía con certeza. No he visto claro el asunto y lo he rechazado. No era claro, efectivamente. El brazalete lo tenía usted. La noche del pasado día cinco, un martes, Mildred Kelly lo llevaba puesto cuando visitó el Stars Club. Perdió un montón de dinero y lo dejó en prenda, un simple trámite, hasta disponer del efectivo suficiente para pagar con comodidad. Pero antes de que saldara la deuda y rescatase la joya ocurrió algo que convirtió el trámite en asunto de suma importancia: Mildred

Kelly se comprometió en matrimonio con el millonario Enoch Harper. Esto hizo del brazalete una mina, siempre que hubiese alguien que la supiera explotar. Y usted sabía.

El rostro del hombre amenazaba tormenta.

—¿De dónde ha sacado esa historia?

—De la vida real. Son cosas que se aprenden yendo por el mundo.

—Sissek, ¿está usted loco?

—Tengo la impresión de que no.

—¿Ha dicho la señora Kelly que había perdido o le habían robado el brazalete? ¿No ha dicho que me lo había entregado?

—Para nada ha mencionado su nombre.

—Sin embargo, usted afirma que lo dejó en prenda en el club. ¿Se atreve a hablar claro, Sissek?

El detective titubeó un segundo.

—Muy bien, me atrevo. Después de la muerte de su marido, Mildred ha hecho un poco el tonto con usted.

Es una mujer de serie, pero a usted, más que las mujeres en sí, le interesan las ganancias que de las mujeres pueden obtenerse. Entre sonrisas y miradas apasionadas, acompañó a Mildred hasta las mesas de su garito de Maldonado Beach. Ella perdió, por supuesto. Perdió muchas veces. Se divertía. Soplabla como un infante de Marina. Luego ocurrió lo del brazalete, y enseguida lo de su compromiso matrimonial. Era de prever que el puritano y morigerado Harper cerraría la espita de las diversiones, de modo que había que aprovechar la última ocasión. Mildred estaba dispuesta a todo con tal de no perder a su futuro marido. Estaba, por ejemplo, dispuesta a pagar lo que le pidieran con tal de que su brazalete, un cariñoso y agradecido regalo del difunto Teddy Kelly, no le fuera mostrado a Harper como prueba de lo que he oído calificar de «historia licenciosa». En otras palabras, usted organizó un inteligente chantaje. Ahora, de pronto, la muerte de Enoch Harper le estropea el negocio. El chantaje no tiene razón de ser. En consecuencia, devuelve usted el brazalete con gesto magnánimo.

Bonanno sacudió distraídamente la ceniza de su cigarrillo.

—Levántese un momento de ahí, Sissek, hágame el favor.

Steve se puso en pie.

Fue sin reflexionar, una respuesta automática a la petición que oía. Estaba ya en pie cuando reparó en el diabólico fulgor de las pupilas de Bonanno.

Se cubrió.

El doble impacto de los puños del hombre no logró perforar su

guardia. Únicamente le obligó a dar un paso atrás, con lo que tropezó con la butaca y, sin proponérselo, volvió a quedar sentado en ella.

La voz ilusionada del muchacho gordo preguntó desde la puerta del vestíbulo:

—¿Va a haber tomate, jefe?

Bonanno se dominó. Una vena hinchada palpitaba en su frente. Se pasó el dorso de la mano por la boca e hizo una profunda inspiración.

—Sal ahí fuera, Buddy —ordenó.

—Usted manda.

La puerta se cerró.

—Quizá le agrade saber, Sissek, que es usted el primer hombre que me ha sacado de mis casillas en mucho tiempo —dijo Bonanno con voz tensa. El cigarrillo vibraba entre sus labios—. No ha sido una sensación agradable.

—Usted ha proporcionado sensaciones desagradables a muchas personas. Es justo que la cosa ande repartida de vez en cuando.

—Evíteme sus rasgos de ingenio. Lo único que me interesa saber es qué se propone con esa ridícula historia de chantaje.

—Nada.

—No pretenderá que se la ha contado o se la ha sugerido Mildred Kelly.

—¿Por qué no?

—Mire, Sissek, le echaría a usted a patadas de aquí si no hubiera un asesinato de por medio. No me fío. No veo claro.

Steve, manoseando el brazalete, reflexionaba.

—Todo el mundo sabe que los chantajistas no matan. ¿Por qué se preocupa, entonces?

—Porque no ha habido chantaje por ninguna parte.

—Eso es lo que usted dice.

—No ha habido chantaje en el sentido de obtener dinero —puntualizó Bonanno. Aplastó su cigarrillo en un cenicero de plata y fijó en el detective una mirada calculadora—. ¿Por qué no pide a la señora Kelly que le cuente la verdad, si es cierto que viene aquí engañado?

—Suponga que se lo pido a usted.

—Perfectamente —en los labios del hombre comenzó a dibujarse una extraña sonrisa—. Tengo el gusto de anunciarle que Mildred Kelly y yo vamos a casarnos.

Steve, por un momento, no dijo nada.

—No puede ser —gruñó luego.

—Parece que no pueda ser, pero es. Ella lo sabe. Me lo ha jurado. Nada ni nadie lo impedirá —el maligno fulgor había reaparecido en los ojos negros—. Tenía usted razón en lo que ha dicho antes: toda la vida, más que las mujeres en sí, me ha interesado el beneficio que puede obtenerse de ellas. Pero, un día, estas cosas se acaban. Un día surge la excepción. Uno siente algo raro dentro, y aquella mujer queda al margen del rebaño. Yo lo sentí ante Mildred Kelly. Es, a su manera, una mujer decente, una dama: hay que conseguirla con todos los requisitos. Estoy conforme. La quiero como esposa, para tenerla a mi lado hasta que la muerte nos separe. Y así será.

El rostro del detective expresaba asombro.

—Le compadezco. No me obligue a decir el motivo.

—Dígallo. Adivino de todos modos cuál es.

—No, no quiero exponerme a que me parta la cara. Está usted ciego, Bonanno.

—Se lo diré yo, entonces. Usted cree que Mildred Kelly nunca descenderá de su pedestal para unirse a un hombre de mi reputación; esto por una parte. Por otra, cree que ella no ama más que el dinero, y que si algún día accede a ser mi esposa hará de mí un desdichado, un esclavo rendido a sus pies, de quien desdeñará las caricias para exigirle billetes. Usted se figura conocerla bien. Es de los que opinan que no puede hacer feliz más que a un individuo como el difunto Teddy Kelly, capaz de considerar el matrimonio como una asociación de esfuerzos para amontonar dólares. Pero se equivoca, Sissek. Todos se equivocan. Mildred es una mujer de carne y hueso que se ha propuesto ser una estatua de oro, y que ha fracasado. Está destrozada, hundida, horrorizada de sí misma. Vive en constante lucha contra la naturaleza que se le rebela. Lleva dentro una hoguera sofocada, como la llevaba el viejo Wallace, su padre, hasta el día en que dejó en libertad las llamas y se desquitó con unos años de felicidad el tiempo perdido miserablemente. Ella terminará por hacer lo mismo.

—¿Con usted?

—Mildred me quiere —afirmó Bonanno con vehemencia—. ¿Usted la ha visto beber? Se emborracha porque me quiere, sufre porque me quiere, se mataría porque me quiere. Le diré más: resolvió casarse con Harper porque me quiere. Unirse a ese mascarón era repetir la experiencia de su primer matrimonio, volver de nuevo la espalda a la vida, ocultarse en el antiguo refugio, protegerse con la misma concha. Todo, menos ceder a la realidad. El ídolo que era para ella su padre, se convirtió en un despreciable

montón de ruinas cuando el pobre viejo se casó con una linda corista y abrió los ojos al mundo. Mildred no soporta la idea de haber de despreciarse como le despreció a él.

—¿Eso no son suposiciones tuyas? ¿Fantasías de enamorados?

—¿Le parece que me equivoco?

Steve se encogió de hombros.

—Está bien, no se equivoca. Mildred Kelly no es la estatua de oro que finge ser. Se ha pasado la vida haciendo, no lo que deseaba hacer, sino lo que pensaba que debía hacer. No es usted el primero que me lo dice.

Bonanno dio unos pasos de acá para allá frente a la butaca que ocupaba el detective. La pasión contenida irradiaba de su duro rostro latino como un efluvio inmaterial.

—Celebro que lo reconozca.

—Pero ello no quita que, a pesar de todo, hubiera tomado su decisión y fuera a casarse con Harper.

—¡No se hubiera casado! Impedirlo era fácil.

—¿Con un chantaje? —insinuó Steve a media voz.

—Llámelo de ese modo. Es cierto que, hace poco más de una semana, vino Mildred una noche al club y perdió bastante dinero. Es muy puntillosa en estas cuestiones: firmó un pagaré y dejó el brazalete en prenda por los últimos quinientos dólares que apostó en descubierto; había que aceptar sus condiciones si no quería uno contrariarla, sobre todo cuando llevaba unas copas de más. Unos días después me enteré de su compromiso con Harper. Habíamos... Bien, aquella noche, la noche en que dejó el brazalete en el club, habíamos hablado de nosotros; intenté persuadirla, discutimos. Llegué a mostrarme violento. Fue en vano. Al enterarme de su compromiso adiviné lo que en realidad significaba. La llamé por teléfono y le dije que no estaba dispuesto a renunciar, que de grado o por fuerza la arrancaría de su cascarón y que recurriría a cualquier medio, noble o innoble, para impedir su boda. Con un imbécil como Harper, esto sería un juego. Más tarde, devolví el pagaré a Mildred y la llamé de nuevo para anunciarle que conservaba el brazalete en mi poder. Si no rompía el compromiso antes de una semana, organizaría a su costa un escándalo que pondría a Harper los pelos de punta. Convocaría a los periodistas, aportaría testigos, aunque fueran falsos, esgrimiría el brazalete como prueba. Ella sabía bien a qué atenerse. Conocía a Enoch Harper y me conocía a mí —Bonanno se rascó el pecho—. Este es su famoso chantaje, Sissek.

—¿Suponía usted que Mildred terminaría por ceder?

—Seguro.

—Le conviene decirlo. Sin embargo, ella había optado por contratar a un detective y encargarle la búsqueda del brazalete. Fingía no saber que lo tenía usted. Daba unas pistas con mucha discreción, de modo que el detective, si no era tonto, descubriría por sí mismo el paradero de la joya. Ahora veo clara su actitud. Usted le había devuelto el pagaré que justificaba su posesión de un objeto que no le pertenecía, por tanto, cuando el detective localizara el brazalete, ella expresaría su sorpresa y le acusaría a usted de robo. Tenía que presentar la denuncia, basada en el informe del detective, antes de que usted hiciera sus declaraciones... Un buen efecto psicológico. Las declaraciones de usted, el escándalo que preparaba, aparecían entonces como una argucia para defenderse de la acusación; sería una maniobra torpe, canallesca, puesto que mostraba a un individuo de malos antecedentes atentando contra el honor y la reputación de una dama para encubrir un crimen, y a fin de cuentas una maniobra eficaz. ¿Haberle entregado ella voluntariamente el brazalete a usted? ¡Imposible! La primera noticia de su paradero se la había comunicado el detective. ¿Para qué habría contratado a un detective si conocía dicho paradero de antemano?

Bonanno entornaba los párpados con recelo.

—Mildred no es tan lista como para haber tramado semejante maniobra.

—Quizá no la tramó ella.

—¿Qué quiere decir?

—Está usted demasiado seguro de sí mismo, Bonanno; demasiado seguro de haber conquistado a Mildred Kelly y despertado sus ansias de vivir; demasiado acostumbrado a que se le rindan las mujeres. Por otra parte, Enoch Harper puede haber sido un tipo coriáceo e intransigente, pero no era estúpido, y evidentemente deseaba casarse con Mildred. Cabe en lo posible que ella le pusiera al corriente de las intenciones de usted, presentándolas como un chantaje auténtico y afirmando que el brazalete le había sido robado, cosa que después de haber entregado el pagaré no podía usted desmentir. Si ocurrió así, el plan debieron de trazarlo entre ambos.

—¡No!

—Lamento herirle en su vanidad, pero eso es lo más probable.

—¡De ningún modo, Sissek! Tengo la convicción de que ella iba a romper con Harper de un momento a otro...

—No, no; su convicción no basta —Steve sacudía

desdeñosamente la cabeza—. Habla así porque le conviene.

—¿Me conviene? Ya ha dicho esto antes.

—Es lógico. Mildred Kelly y Harper se comprometieron hace una semana, y el plazo que usted había fijado estaba, por tanto, a punto de concluir. Ella, sin embargo, no había cedido. No pensaba ceder. Hoy mismo pasaba a la ofensiva contratándome a mí para recobrar el brazalete. Su arma, Bonanno, se convertiría en un churro, y sus amenazas serían inofensivos cacareos. Si quería usted realmente impedir el matrimonio tenía que recurrir a medios más contundentes.

Bonanno estaba ahora inmóvil como una estatua.

—Sabía que terminaríamos en eso —articuló.

—Lo sabía y lo temía, ¿no es así? Por ello no le gustaban mis medias palabras. Por ello quería averiguar lo que ocultaba mi historia de chantaje. Por ello ha gastado tanta saliva en persuadirme de que Mildred le amaba a usted como una loca —el detective se puso calmamente en pie y miró a Bonanno cara a cara—. Lo diré con su propia frase, amigo: usted recurriría a cualquier medio, noble o innoble, para evitar que...

—¡Buddy! —llamó secamente el *gangster*.

El muchacho gordo preguntó desde la puerta:

—¿Jefe?

Por el rabillo del ojo vio Steve que empuñaba una pistola.

—Aguarda ahí —dijo Bonanno. Miró al detective con perplejidad—. Sissek, yo no he matado ni hecho matar a Harper, y no quiero que se vaya murmurando por ahí que efectivamente he sido yo. He dejado atrás toda la porquería que hay en mi vida. Tengo dinero a montones, tengo tres o cuatro negocios lícitos que me permiten vivir como un rajá, amo a una mujer y voy a ser para ella todo lo limpio y regular que puede ser un hombre. ¿Cuánto cobra usted por su trabajo?

—Depende.

—En caso de asesinato.

—Cincuenta pavos diarios y cinco mil de prima mínima.

Bonanno dio media vuelta y se alejó hacia el extremo de la habitación. Abrió la tapa de un escritorio encajado en una biblioteca. Steve vio que tomaba una pluma y se inclinaba para escribir algo.

Regresó sosteniendo entre sus dedos un cheque.

—Mil dólares a cuenta. Encuentre al asesino de Harper y cierre el pico con respecto a mí.

El detective no tocó el cheque.

—¿Qué pasará si me niego?

—Le dejaré a cargo de Buddy hasta que este asunto se haya aclarado.

—¡No me asusta!

—Peor para usted.

—Está bien —dijo Steve con una sonrisa cansada. Tomó el cheque y lo dobló sin mirarlo—. ¿Conoce usted a un tipo llamado Sam Tugwell? ¿Le ha oído mencionar alguna vez?

—No.

—¿Se le ocurre algún motivo por el cual Enoch Harper pueda haber sido asesinado?

—Nunca tuve tratos con él. No lo sé.

—Pero los ha tenido con Mildred Kelly.

—¿Y eso qué?

—Acaso el motivo del crimen no se relacione con Harper, sino con ella; o con ella y su hermana; o con ella, su hermana y su fábrica de conservas.

Una chispa de inteligencia brilló en las pupilas de Bonanno.

—¿En qué está pensando?

—Me han dicho que la fábrica va de mal en peor.

El negocio camina hacia la ruina desde que murió Teddy Kelly.

—No le han engañado.

—Sin embargo, probablemente se hubiera salvado en manos de Harper.

—Quizá —el *gangster* se había quedado pensativo—. Estudiaré la idea. ¿Eso es todo?

—Salvo advertirle que a mí no se me vendan los ojos con dinero —Steve mostró significativamente el cheque doblado y se lo guardó en el bolsillo superior de la chaqueta—. Cuando mire en torno, Bonanno, no dejaré de mirar hacia usted por el hecho de que sea mi cliente a la fuerza. Y otra cosa: si desea enviar una joya a una dama, sírvase de un botones, no de un detective.

Arrojó el brazalete sobre el asiento de la butaca y dio media vuelta para marcharse.

—Buen almuerzo te pagarás ahora, granuja —le dijo el muchacho gordo cuando pasó ante él. Se restregaba el abdomen con la pistola—. ¡Mil pavos a cuenta! Luego os quejáis...

CAPÍTULO VII

Soplaba valle abajo una brisa que hacía la atmósfera más respirable. De lo contrario, el calor de la tarde no hubiera podido resistirse.

El gran rótulo: «Bubix Fruits Incorporated», estaba escrito con letras verdes a lo largo del muro exterior de la fábrica. La palabra Bubix se repetía además en otros muchos lugares: cajas de camiones, cajones de embalaje, toldos.

La perspectiva general de los campos era monótona. Solo adquiría un poco de variedad en el punto donde se alzaban por encima de la gran extensión de frutales, los edificios de la población de Santa Margarita. Se veía junto a la carretera un supermercado, y al otro lado un auto-cine. Las montañas que cerraban el horizonte y abrigan el valle, recordaban por su forma una caravana de camellos.

—¿Phelps? —preguntó el portero—. ¿Phelps? Usted se refiere al señor Phelps.

—Sí —dijo Steve.

—Siga hasta donde pone: «Administración». Veo su coche, así que seguro que está. Tiene usted suerte.

Donde ponía «Administración» había una recepcionista morena.

—Un momento, señor.

Steve aguardó.

El apoderado tenía su despacho en la nave de una sola planta destinada a oficinas. Los dos grandes bloques de la fábrica propiamente dicha se elevaban más allá, uno de los dos unidos a la nave por un pasadizo cubierto. Entre ambos ascendía una rampa para camiones que se bifurcaba en dos ramales. Se notaba actividad. Era una construcción moderna, funcional, bien calculada.

Aire acondicionado en las oficinas. Un alivio.

—¿Señor Sissek?

Para haber sido colaborador del viejo Wallace, Joe Phelps irradiaba juventud en grado sorprendente. Iba muy bien peinado. ¿Qué tenía? Cuarenta y cinco años, quizá cincuenta, pero aparentaba bastantes menos. Sonreía de oreja a oreja: una sonrisa de comerciante profesional o de candidato político. Lucía un traje

de alpaca muy nuevo y Cuidadito, zapatos de dos tonos, camisa blanca y corbata de lazo.

Un miope mental, campeón del envasado de ciruelas.

—Me he tomado la libertad de visitarle, en parte por la curiosidad de ver esto, en parte para pedirle ciertas informaciones —dijo Steve.

Phelps asentía con entusiasmo, torciendo el cuello.

—A sus órdenes. Totalmente a sus órdenes. Pase, por favor. Acomódese. Totalmente a sus órdenes... Detective Sissek —arrugaba la frente como si el nombre le sonase y tratara de recordarlo—. ¿Del Departamento Central de Los Ángeles?

—Detective privado.

La sonrisa perdió un poco de brillo.

—Entiendo. Pero, de todos modos, su visita... ¿La desgracia ocurrida esta mañana? ¿Sí? Estoy enterado. Una tragedia.

—La señora Kelly desea que trabaje por cuenta suya en el esclarecimiento del asesinato —declaró Steve. A fin de cuentas no era mentira—. Teme, es posible que con fundamento, que el motivo del crimen sea de índole absolutamente confidencial. Usted ya sabe a lo que aludo.

—La señora Kelly —repitió el apoderado.

—Sí.

La sonrisa se congelaba. Phelps semejaba darse perfecta cuenta de que el asunto había descendido en un abrir y cerrar de ojos desde las vagas y convencionales «desgracia» y «tragedia» a un terreno mucho más escabroso y, sobre todo, mucho más próximo a él.

—Le agradecería una explicación, señor Sissek —rogó.

—Se trata de Sam Tugwell.

El despacho era una habitación rectangular, con paredes gris-verde y una sucesión de ventanas protegidas por persianas graduables. De las paredes pendían fotos que representaban la fábrica por dentro y por fuera. Los muebles revelaban buen gusto. No eran nuevos, radicalmente nuevos, por lo que el buen gusto de haberlos elegido debía de corresponder a Tugwell, probable ocupante del despacho antes que Phelps.

Este se dejó caer en una butaca, no detrás de la mesa, sino delante, junto a Steve. Sacó un pañuelo y se dio con él golpecitos en la cara.

—Es horrible. ¡Tugwell! ¿Cómo puede estar Tugwell relacionado con la muerte del señor Harper?

—No pregunte tonterías. Si no me engaño, sabe usted

perfectamente lo que pasó.

La mención de su antecesor habíale hecho a Phelps el efecto de un golpe.

—Lo sé. Yo fui, en parte, culpable.

—Ese aspecto de la cuestión no interesa. ¿Sabe usted también cómo reaccionó Tugwell cuando la señora Kelly le escribió presentándole sus excusas y brindándole de nuevo su antiguo empleo?

—Sí, sí, lo sé también —el apoderado palidecía por momentos—. Amenazas. Su hija había muerto. Estaba loco.

—Las amenazas no han cesado. La señora Kelly ha seguido recibiendo cartas de Tugwell.

—Lo sé. Nos destrozó un camión. Logró que Glass, uno de nuestros principales mayoristas en Nevada...

—Eso no interesa tampoco. En la actualidad, desde que la señora Kelly y su hermana se instalaron en su nueva casa de Malabrigo Beach, Tugwell ha estado rondando por allí, vestido de negro de pies a cabeza, apareciendo en los lugares y momentos más imprevistos. Su conducta tenía hasta esta mañana el carácter de una chifladura, pero inofensiva. Esta mañana alguien ha disparado contra Enoch Harper cuando se encontraba en la playa con la señora Kelly, y le ha matado de un tiro. La señora Kelly, aunque no le ha visto, asegura que ha sido Tugwell el autor del disparo.

—Es horrible —repitió Phelps.

—Me admira la agudeza de sus comentarios, amigo.

—Perdóneme... Abrumado, me siento abrumado y desconcertado. ¿Tenemos que hablar de eso precisamente ahora? Me disponía en estos momentos a salir hacia Malabrigo Beach. Creo que mi puesto está junto a la señora Kelly. Si fuera usted tan amable...

—La amabilidad es un lujo que me permito pocas veces. ¿Ha entendido ya por qué ha matado Tugwell a Enoch Harper?

—No, señor Sissek. Este asunto me eriza los cabellos.

—Le ha matado —prosiguió Steve con voz dura— porque con ello causaba a Mildred Kelly el mayor daño que su mente era capaz de concebir. De un solo golpe la privaba del hombre amado y del colaborador insustituible que debía poner de nuevo esta industria a flote; es decir, la Sumía en el dolor y la desesperación y la empujaba a la ruina. Una venganza satisfactoria por lo que la señorita Kelly había hecho. La chiquilla muerta en la miseria puede ya dormir tranquila en su tumba.

—Por favor —murmuró Phelps.

El detective le contempló con disgusto.

—Supongo que pedirle su opinión sobre todo esto es como pedir peras al olmo. Me dirá que le impresiona profundamente, u otra bobada así.

—Usted está acostumbrado por su profesión a estas cosas.

—A la visión de los abismos del crimen y la maldad humana no se acostumbra nadie. ¿Tiene usted idea de algún otro motivo por el cual pueda haber sido asesinado Harper? ¡Reflexione antes de darme una respuesta!

El apoderado se había hundido en la butaca. Miraba a Steve con los ojos muy abiertos, manteniendo el pañuelo apretado contra su mejilla.

Reflexionó.

—La única idea que se me ocurre es que, tal como usted lo presenta, el asesinato del señor Harper es el crimen de un monstruo. Parece que para matar a un hombre, para cometer un acto de tanta trascendencia, se necesita un motivo contra él, directamente contra él; algo que nuble la conciencia, que inunde de odio el corazón e impulse la mano que causa el daño. Sacrificar la vida de un inocente para perjudicar a otra persona. ¡Dios mío! inspira horror.

—¿Y bien?

—El señor Harper se había enriquecido en poco tiempo —agregó Phelps, midiendo cuidadosamente sus palabras—. Era un ambicioso, un luchador despiadado. No prestaba mucha atención a los seres que caían en su derredor cuando él corría en pos del dinero. Un hombre así se crea infinidad de enemigos.

Steve asintió.

—Es una posibilidad, en efecto. La señora Kelly cree a ciegas en que el crimen lo ha cometido Tugwell, pero Sam Tugwell la obsesiona constantemente y en esto puede estar equivocada. Cabe suponer que a Harper le haya matado alguno de los enemigos que se ha creado a lo largo de su vida, y si es así la policía cuidará de investigarlo y dará o no dará con él. Ahora bien, yo esperaba de usted una indicación distinta.

—No comprendo.

—Esta fábrica. ¿Cuál es la situación económica de esta fábrica?

—Ha sido peor en otras épocas. Vamos tirando.

—Dígame la verdad.

—Señor Sissek, este negocio es muy complicado. La respuesta a la pregunta que usted me hace requiere extensos cálculos, informes, verificaciones, inspecciones. Es imposible, sobre todo en esta época

del año, obtener una impresión de conjunto.

—No lo creo. Usted tiene que saberlo.

—Sé solamente, repito, que vamos tirando.

Steve apretó los puños.

—Mire, amigo, es del dominio público que en la industria y el comercio de conservas, especialmente de frutas, tienen metida la mano algunos personajes de las altas esferas del hampa. Es un terreno agitado y peligroso, donde se lucha con uñas y dientes. Aquí, en California, la competencia es feroz, y esta empresa, en manos de dos mujeres frívolas, tontas e incapaces, constituye un bocado muy apetecible. Sabe usted bien lo que el matrimonio de Mildred Kelly y Harper hubiera significado en realidad: colocar la Bubix bajo el dominio de un hombre dispuesto a la pelea y capaz de quebrantar muchos intereses; precisamente la Bubix, un negocio que, si continúa como hasta ahora, no tardará en derrumbarse y ser absorbido por alguno de sus competidores. Bajo este punto de vista, no es de sorprender que Enoch Harper haya sido eliminado antes de que las cosas tomaran mal camino. Si alguien debe arrojar alguna luz sobre la cuestión, Phelps, es usted, el apoderado de la fábrica, viejo conocedor del asunto. Esta es una de las informaciones que he venido a pedirle.

Phelps posaba en el detective una mirada de terror.

—¿Yo, señor Sissek?

—Naturalmente.

—¡Santo Dios! Yo soy muy sencillo... Soy un trabajador honrado que se limita a cumplir con su obligación. Jamás me he metido en semejantes berenjenales. Vivo completamente ajeno a ellos.

—Me explico, entonces, que la Bubix se vaya al diablo. El apoderado se agitó inquieto en su butaca.

—No tiene usted derecho a pensar de ese modo —protestó débilmente. Consultó su reloj—. Permítame, además... Esta desagradable conversación se prolonga demasiado. Debo acudir, se lo he advertido, junto a la señora Kelly.

—Su honrada sencillez, sus horrores y sus lloriqueos compasivos no le serán a la señora Kelly de ninguna utilidad —replicó abruptamente el detective—. Pasemos a la segunda información. ¿Dónde puedo encontrar a Sam Tugwell?

—A... Sam Tugwell —Phelps tragó saliva—. Pues no lo sé. Palabra que no lo sé, señor Sissek. Lo siento.

—¿No lo sabe?

—Jamás he vuelto a verle. Tugwell vivía en Greenland, más abajo de Santa Margarita, a la salida del valle, cerca del mar, pero vendió

la casa y se trasladó a Los Ángeles. Le perdimos por completo la pista.

—Tendría amigos, ¿no?

—No es hombre de amigos.

—¡No me haga perder la paciencia, Phelps! Alguien tiene que saber lo que ha sido de él y dónde vive.

El apoderado, compungido, sacudía la cabeza.

—Desapareció después del drama. La única indicación que puedo proporcionarle... Señor Sissek, me duele en el alma que las cosas sean así, se lo juro. Vaya a Greenland y pregunte en su antigua casa. Está en State Square y forma esquina con una calle, creo que con Elliott.

Street. Es la única indicación que puedo proporcionarle.

—Dios se apiade de usted —dijo Steve con hastío—; pero, sobre todo, de cuantos por un motivo u otro se vean obligados a depender de usted. Están aviados, los pobres.

* * *

Era una bonita casa.

Había álamos en State Square, que daban una sombra plateada y fresca. Parte de la sombra caía sobre la casa. El pequeño jardín estaba repleto de petunias de vivos colores.

No a Tugwell, sino a cualquiera le hubiese desgarrado el corazón desprenderse de una cosa así.

—Efectivamente, nosotros la compramos —dijo la mujer. Un perro grifón, metido entre sus pies, observaba a Steve con desconfianza—. Una ganga, a pesar de que intervino un agente, y ya sabe usted lo que ocurre con los agentes... Había una hipoteca. Es una buena casa, pequeña, aunque suficiente para nosotros. No tenemos hijos.

—Sí, muy bien —asintió el detective—. Pero a mí me gustaría conocer el paradero de su antiguo propietario.

—El paradero.

—Sí.

—Aguarde un minuto. Pase, se lo ruego, no se quede ahí fuera. Vamos, «Mocky».

«Mocky» era el grifón.

La mujer entró en la casa y reapareció momentos después. Llevaba en la mano una tira de papel.

El perro se sentó en el umbral de la puerta para rascarse.

—Guardo siempre estas cosas —explicó ella—. Aquí están las

señas. ¿Quiere copiarlas?

Steve las copió en su cuaderno de notas: 106, West Stimmer Street, Gorman Head, Los Ángeles.

—No habrá una confusión, ¿verdad? El hombre se llamaba Samuel Tugwell.

—Eso es.

—¿Vive realmente en Gorman Head?

—Nunca hemos tenido contacto con él, señor. Vive o vivía. Fue el agente quien nos dio las señas, por si las necesitábamos. Pero no.

—Gracias —murmuró el detective.

* * *

Sentada a la sombra en un desvencijado taburete, una negra canturreaba acunando en su regazo a un negrito desnudo.

Flotaba en el aire un olor agrio.

—Busco a Sam Tugwell —declaró el detective—. Me han dicho que vive aquí.

Cerrando los ojos podía ver las petunias de la casita y los álamos plateados de State Square. West Stimmer Street era un lugar para cerrar los ojos. La angosta calle describía una curva en el viejo barrio de Gorman Head, refugio de la gente de color más miserable, de los desheredados, de la basura humana de la ciudad.

Cerrar los ojos y soñar era la única vía de escape.

La casa tenía una grieta en la fachada. En su interior se oía discutir a dos mujeres.

—Ya no vive —dijo el anciano apoyado en el quicio de la puerta—. Sam Tugwell se marchó hace tiempo.

—¿A dónde?

—Nadie se lo preguntó. Había progresado.

—¿Trabajo?

—Lo que fuera. Se compró un sombrero y me regaló una pipa y una libra de tabaco al despedirse —el viejo hinchó su blanco y escuálido pecho. No vestía más que una camiseta y unos raídos calzones. Mechones de apolillada barba ornaban su rostro. Su mirada se extraviaba en el vacío—. Lamenté que se marchase. Era, aparte de mí, el único hombre blanco de la casa, y esto lo mira uno. Le alquilé mi mejor habitación. No he vuelto a tener huéspedes blancos desde entonces.

—¿Hay algún modo de averiguar a dónde fue?

—Aquí nadie pregunta, y él no lo dijo.

—Haga memoria.

—No lo dijo, muchacho. No insista.

—Pero alguien puede saberlo. Algún amigo, si lo tenía, o alguien que haya vuelto a verle en alguna parte.

El viejo se miró las manos.

—¿Amigos?

—No era hombre de amigos, ya lo sé.

—Me hace usted pensar... Enfermó mientras estaba aquí. Pasó en cama unos días. No consentía que nadie le cuidase, salvo una chiquilla negra. Ella sola. Puede que le cayera en gracia. Más tarde, cuando ya se había marchado, volvió una vez y se la llevó consigo, y le compró un vestido, un lazo, unos zapatos, qué sé yo. La devolvió hecha una princesa. Margie era su nombre.

—¿Dónde está ahora?

—En Fulsham. Su padre encontró empleo en un garaje. Luego encontró también sitio donde vivir y se llevó a su mujer y a la niña. Es en Fulsham. Un garaje al comienzo de la Hihgway 12. Garaje y estación de servicio. ¿Esto puede servirle a usted? En Fulsham.

—¿Cómo se llamaba el padre?

—George Smith. Vivieron aquí más de tres años.

Steve sacó del bolsillo un billete y lo depositó en la flaca mano del viejo.

—Cómprese otra libra de tabaco, amigo. Gracias.

—Es en Fulsham —dijo el anciano distraídamente.

* * *

Garaje y estación de servicio, al comienzo de la Hihgway 12, no había más que uno. Había otros más allá, especialmente estaciones, pero al comienzo uno solo.

—¿Smith, dice usted? ¿George Smith?

—Un moreno —concretó Steve.

El empleado era bajito, y el mono blanco que vestía le sentaba mal. Sus ojos nostálgicos seguían el ondulante caminar de una rubiales que pasaba por la acera.

—Pues no sé, señor.

—Puede que trabaje en otra parte —dijo cansadamente el detective—. No estoy seguro.

—Quizá. Pregunte a Tommy.

—¿Tommy?

—Ese.

Tommy era el más grueso de los empleados. El mono blanco destacaba la protuberancia de su abdomen, le daba un vago aire

como de bebé bien nutrido.

—George es el lavacoches nocturno —dijo.

—¿George Smith? —insistió Steve—. ¿Un moreno? ¿Es él?

—Sí, es él. Estuvimos algún tiempo juntos en el turno de noche.

—¿Dónde puedo encontrarle?

—Aquí, a partir de las diez.

—Quiero decir ahora. ¿Dónde vive?

—Ni idea.

—Alguien lo sabrá, ¿no? Para mí es importante...

Tommy preguntó.

Ninguno lo sabía. Todos los empleados eran blancos. ¿Un negro? ¿El lavacoches nocturno? Su abuela.

—Meyer nos lo diría —explicó Tommy—. El cuida de esas cosas. Lo malo es que se marchó de vacaciones... Vuelva a las diez.

—Sí —dijo Steve.

Se quedó unos momentos a la sombra de la marquesina, mirando al suelo con el entrecejo fruncido.

Luego fue a la cabina telefónica y consultó la guía. Subrayó con la uña del dedo índice el número que buscaba. Lo marcó.

—Donaldson, por favor.

—Lo siento —una voz de taquimeca fea, gangosa y desalentadora—. El señor Donaldson tiene una reunión en su despacho. Vuelva a llamar más tarde.

—No llamaré más tarde —replicó Steve—. Dígale que soy Sissek, y que se ponga o se vaya al diablo.

Esperó.

Donaldson se puso.

—¿Sissek?

—Tengo que hablarle.

—No puede ser más oportuno —había una nota rara en la voz del abogado—. Venga. Venga enseguida.

—Prefiero...

—Déjelo. Venga ahora mismo. No tarde.

Una nota rara.

—Okay —murmuró el detective.

CAPÍTULO VIII

Donaldson estaba muy nervioso, pero era el único. En el despacho reinaba más bien una atmósfera de aburrimiento.

Mildred llevaba un vestido de color limón, de falda estrecha y pronunciado escote en uve. Sentada en una butaca, absorta, desdeñosa, un cigarrillo entre los dedos, era un regalo para los ojos. Había en ella una serenidad cultivada, una gracia elegante, como en una figura renacentista, que añadía a su provocativa belleza un encanto inmaterial.

En pie, rozando con la mano los lomos de piel de los libros alineados en los anaqueles de la pared, Doddy miraba al detective. Quedaba como aparte, separada del grupo que su hermana formaba con el abogado y con Phelps, quien, evidentemente incómodo, se hallaba junto a la butaca de aquella.

Donaldson dijo:

—Ha sido muy desagradable, y es de temer que lo será más aún. Pudo usted preverlo, Sissek. Estuvo allí dos veces esta mañana. Con solo unos consejos atinados se hubieran evitado muchas complicaciones.

Steve encendía pausadamente un cigarrillo.

—Los consejos son de cuenta de usted.

—Pero usted tiene experiencia... ¡Jesús! No pretendo inmiscuirme en sus obligaciones profesionales. Estoy pensando solamente en la conducta normal de un caballero ante dos damas que se encuentren en la situación en que se encontraban Doddy y la señora Kelly. ¡Y yo que le pedí que no dejara a la señora Kelly en la estacada cuando lo único que deseaba era recobrar su brazalete! ¡Quién iba a imaginar esto!

—Yo —dijo el detective.

—¿Usted?

—Esto o algo parecido. Olía a tapujo a cien pasos. ¿Qué quiere, Donaldson? Le dije esta mañana que lograr que la gente como usted comprenda ciertas cosas es tan imposible como inculcarle a un ciego la noción de los colores. Yo no soy un caballero, sino un detective profesional. Ninguna obligación me unía a la señora Kelly. ¿Había un cadáver frente a su casa? Con llamar a la policía, asunto concluido.

—¡Pero vea ahora lo que ha pasado!

Steve rio en silencio.

—Sospecho que la vehemencia con que defiende usted su causa no despierta en la señora Kelly la admiración que usted desearía. ¿Me equivoco, princesa?

Fue Doddy quien contestó:

—No estamos aquí para asistir al lucimiento personal de nadie, Steve. Ni al de Donaldson ni al suyo.

El detective le dedicó una sonrisa.

—Señor Sissek para usted, si me hace el favor —se volvió al abogado—. Ganaríamos tiempo si dijera usted de una vez qué es lo que le ha sacado de quicio, ¿no le parece? ¿O prefiere seguir discutiendo mi conducta ante las damas?

Donaldson restregaba una contra otra sus carnosas manos.

—La policía ha ido demasiado lejos —declaró hoscamente.

—¿En qué sentido?

—¡Impertinencias, incomodidades, molestias, humillaciones! ¡Eso no se puede consentir, y hubiera costado poco evitarlo!

—¿Qué impertinencias, por ejemplo?

—Solo le diré que mis clientes han sido obligadas a estampar sus huellas dactilares y sometidas a vergonzosos interrogatorios.

Steve miró un momento al abogado, luego a las dos mujeres y a Phelps. Se encogió de hombros.

—Bien, ya veo en qué consiste el drama. Disculpenme si me retiro. Mi presencia aquí está por completo fuera de lugar.

—Espere —dijo Doddy.

—No, lo siento, nena. Mi tolerancia hacia la estupidez ajena tiene límite.

—Espere —repitió ella. Avanzó lentamente unos pasos—. No juzgue mal a Harry. Nunca ha tenido mucha salud, conoce las cosas y a las personas más por lo que los libros dicen de ellas que por cómo son en realidad, pero no es tonto. En cuestiones de seguros y como asesor jurídico de empresas comerciales se le considera una eminencia. No es culpa suya si anda a la deriva en un problema criminal. Está, además, enamorado de mi hermana como un chiquillo.

—Doddy —dijo el abogado roncamente.

—Tendría que haber oído lo que él cuenta de usted, paloma —manifestó Steve—. No le defendería ahora con tanto calor.

—Lo he oído —asintió tranquilamente la muchacha—. Lo ha contado en mi presencia, y nada de ello es mentira. Harry es libre de opinar de mí lo que le dicte su criterio.

—Basta de esto, por favor —suplicó Donaldson, quitándose las gafas y restregando los cristales con un pañuelo entre sus dedos temblorosos—. Escúcheme, Sissek. Vistas las circunstancias, y teniendo en cuenta que usted ha estado mezclado en el caso desde el principio, he creído conveniente aconsejar su intervención con objeto de aclarar lo antes posible la confusión que se ha creado. Por ello le he pedido que viniera. Alguien debe atajar el paso a la policía, y yo no soy la persona adecuada.

—Yo tampoco. En mi opinión, imprimir las huellas dactilares no causa daño a nadie; creo, por el contrario, que a las rubitas que nadan en oro les causa un gran bien. Terminemos con esto.

—No han tomado las huellas dactilares para comprobar si coincidían con las que había en la carabina del embarcadero —dijo suavemente Doddy. Se había desplazado a lo largo de la pared hasta situarse junto al detective—. No se trata de que la policía haya tenido el descaro de turbar con sus groserías la vida plácida de dos jóvenes millonarias. Harry Donaldson lo ve así, pero no es así. Las huellas coincidían, claro está.

Steve sondeó con la mirada los chispeantes y altaneros ojos.

—¿Cómo?

—En esa carabina estaban mis huellas.

—No comprendo.

—Usted me habló de ella al marcharse, Steve. No le presté mucha atención, porque pensaba en otra cosa —los labios de la muchacha se entreabrieron—. Pero luego, enseguida, fui al embarcadero para ver a qué se refería, y encontré la carabina y la cogí. Entonces dejé las huellas. No pensé que tuviera la menor importancia.

—Y no la tiene.

—Depende. Mildred y yo declaramos a la policía lo que usted nos aconsejó: habíamos descubierto el cadáver de Enoch al regresar a casa. No mencioné la carabina, ¿para qué? Momentos después la encontraron los agentes y nos preguntaron si era nuestra. Yo dije que no, y Mildred que jamás la había visto. Un técnico destacó las impresiones digitales. Solo en aquel momento atiné a confesar que había estado en el embarcadero minutos antes de que la policía llegara y había tomado el arma en mis manos. Las huellas, en efecto, eran las mías. Los agentes comenzaron inmediatamente a mostrarse recelosos.

—¿Qué fuerzas había allí? ¿De dónde acudieron?

—Había infinidad de gente; un coche del puesto de policía local, otro de patrulleros del Estado y varios del Departamento Central de

Los Ángeles, que vinieron más tarde. Con estos llegó el que llevaría la voz cantante, uno a quién llamaban teniente O'Brien.

—O'Brien es un tipo equilibrado —dijo Steve—. Sigo creyendo que ese detalle de las huellas no tiene importancia, a no ser que mintieran ustedes al declarar que la carabina no era suya.

—No era nuestra. Alguien la colocó en mi lancha después de que yo salí corriendo al oír el tiro.

—Perfectamente. O'Brien tomará las precauciones rutinarias, pero no por ello la acusará de haber matado a Harper. La conducta de usted es lógica en cualquier persona a quién ni remotamente se le ocurre que puedan relacionarla con un asesinato.

—Quizá sería lógica si no fuera por lo otro.

Steve frunció el entrecejo.

—¿Hubo algo más?

—Mildred le dijo al teniente O'Brien que había ganado un millón de dólares con la muerte de Enoch.

El detective contuvo la respiración.

Se produjo un silencio.

—Ya lo ha oído, Sissek —articuló el abogado.

Steve no prestaba atención sino a los ojos de la muchacha. A la luz de aquellos ojos. A su desenfadada franqueza, a su explícito desafío, a su agresiva limpidez.

—¿Es verdad que ha ganado eso?

—Pregúnteselo a ella —dijo Doddy.

Joe Phelps dejó oír por primera vez su voz insegura:

—No hay derecho a presentar así las cosas, señorita Wallace. Lo que ha ocurrido es horrible: un asesinato, un crimen del que ha sido víctima una persona a quién todos conocíamos y con la cual su hermana se iba a casar. Usted parece complacerse en la situación. No se trata de un juego con efectos teatrales.

—Vamos, Phelps, quítese la máscara —replicó la joven burlonamente—. Yo me complazco en la situación, es cierto, pero usted también. Menudo alivio ha sentido con la muerte del señor Harper. Sabe que la primera intervención de Enoch en la Bubix, como esposo y representante de Mildred, hubiera sido darle a usted la patada. Ahora queda en libertad de mangonear el negocio y divertirse con sus pequeñas porquerías comerciales, por lo menos mientras la cosa dure, que ya veremos lo que durará. Ese millón llovido del cielo nos va a venir muy bien a todos.

El apoderado había palidecido.

—Señorita Wallace, siempre ha sido usted una muchacha díscola y mal educada. Sepa que cualquier beneficio que la muerte

del pobre señor Harper pudiera representar para mí, carecería de importante ante el respeto que los sentimientos de su hermana me merecen. Como amigo, comparto sinceramente su dolor. Le ruego que modere sus palabras. Señor Donaldson, ¡dígaselo usted!

—¡No se preocupe por los sentimientos de Mildred! —replicó Doddy—: en estos momentos son de alegría jubilosa, como los míos, como los de Harry y como los de usted. El único que no tiene motivos para alegrarse es el señor Sissek.

—Basta, Doddy —intervino fríamente Mildred. Había terminado su cigarrillo. Cruzó las piernas, apoyó los codos en los brazos de la butaca, unió las manos, era una estatua que súbitamente cobraba vida. Su mirada se posó en Steve—. Señor Sissek, usted desea saber lo que hay respecto a ese millón de dólares. Es, simplemente, el importe de un seguro de vida que el señor Harper contrató a mi favor. Aunque no hace al caso, le diré que yo contraté a mi vez otro por el mismo importe a favor suyo.

—Un seguro de un millón de dólares —repitió Steve, recalcando las palabras—. ¡Nada menos que de un millón! ¿Con qué compañía?

—La Lifeguard.

El detective se volvió rápidamente a Donaldson.

—Su compañía, amigo. ¿Sabía usted que existía ese seguro?

—Sí.

—¿Cuánto hace que fue contratado?

—Cuatro días —declaró Mildred.

—Tiempo insuficiente para que la Lifeguard haya cubierto el reaseguro —observó Steve—. Será un golpe catastrófico. ¿Por qué fijar una indemnización tan monstruosamente elevada? Un seguro así cuesta una fortuna al año. ¿Sufrían delirio de grandezas usted y Harper, princesa, o qué demonios ocurrió?

La pelirroja parecía cansada. Llevaba probablemente mucho rato sin beber, y su vivacidad era distinta según la cantidad de alcohol que se había metido en el estómago.

—No es una indemnización monstruosamente elevada, señor Sissek —respondió con sosiego—. Theodore Kelly, mi difunto marido, cometió el error, explicable en él, de no asegurarse la vida; digo explicable porque un dinero del cual no podría disfrutar, que solo beneficiaría a otras personas, no le interesaba. Yo sé la pérdida que la muerte de Teddy ha representado, lo mismo en mis asuntos particulares que en el volumen de los negocios de la Bubix. Sé también, no solo lo que hemos perdido, sino lo que hemos dejado de ganar hasta ahora y dejaremos de ganar en los años próximos. ¿Le parece que todo ello no puede valorarse en un millón?

—Lo ignoro. Nunca he tasado en dólares la vida de un ser humano.

—Estimado señor Sissek, la vida de seres humanos como Teddy y como Enoch Harper no puede tasarse más que en dólares. La primera experiencia me aleccionó. Cuando Enoch me hizo su proposición de matrimonio, acepté con la condición previa de que fuera contratado un seguro. El conocía mis motivos y los comprendía perfectamente. Convinimos en asegurarnos los dos; esta clase de convenios le entusiasmaba —hubo en la voz de la mujer un eco de sarcasmo—. No había razón para esperar, así que firmamos la póliza enseguida.

—¿Y pagaron?

—El sí pagó. Yo no lo he hecho aún.

El rostro de Steve se había ensombrecido.

—¿Cómo fue que dijera usted eso a la policía?

—El teniente O'Brien me lo preguntó.

—¿Directamente?

—Cuando terminaron las pesquisas y se hubieron llevado al pobre Enoch, el teniente y dos de sus ayudantes se quedaron con nosotras. Harry estaba allí. De seguir sus consejos, hubiéramos permanecido mudas, lo cual era ridículo y no hubiera conducido más que a despertar sospechas. No teníamos nada que ocultar.

Donaldson inició una protesta:

—Mi única intención...

—Está bien —le atajó glacialmente la mujer—. Los tres policías nos hicieron una larga serie de preguntas. Una de ellas fue si la muerte de Enoch nos beneficiaba de algún modo. Yo conté lo del seguro.

—¿Y qué?

—Se interesaron.

—No era para menos —dijo Steve entre dientes. Miró al abogado—. ¿Es este el origen de las impertinencias, humillaciones y demás calamidades?

—El teniente y sus hombres se mostraron en todo momento muy correctos —se anticipó a declarar Mildred—. No haga caso de Harry. Es un muchacho impresionable y peca siempre por exceso de celo profesional.

—Procuro no hacer caso —asintió el detective. Observó sin sorpresa que Donaldson se ruborizaba—. ¿Qué pasó después del interrogatorio?

—Nada. Resolvimos regresar a nuestra casa de la ciudad y cerrar por el momento la de la playa, ante todo para esquivar a los

periodistas. El teniente se mostró de acuerdo. Llegó Joe Phelps. Harry se marchó con los policías y nos dio cita aquí. Joe nos ayudó a empaquetar lo más necesario y vino con nosotras —el sarcasmo, como un eco remoto, reapareció en la voz de Mildred—: Doddy y yo tenemos mucho que agradecerle a Joe.

Phelps se tironeó la chaqueta del traje de alpaca.

El abogado preguntó:

—¿Cuánto desea usted como anticipo, Sissek?

Estaba junto a su mesa, mirándose las manos, el rostro teñido todavía de rubor.

—¿Cómo anticipo de qué? —inquirió Steve.

—De sus honorarios, por supuesto. Es preciso que investigue usted a fondo este asunto y aporte hechos suficientes para distraer la atención de la policía de la absurda cuestión del seguro. No solo deseamos alejar de mis clientes cualquier sospecha, cualquier insultante sospecha, sino contribuir a que sea descubierto el autor del crimen. Es un trabajo muy delicado; por tanto, dentro de límites racionales, el precio que usted fije recibirá nuestra aprobación. Señale el anticipo y ahora mismo le extenderé un cheque.

El detective terminaba de fumar su cigarrillo. Apartó la mirada de Donaldson y la detuvo un momento en Mildred, luego en Doddy, que se apoyaba en la pared a su lado.

La muchacha le rozó el brazo con los dedos.

—Ni hablar —dijo él.

El abogado enderezó sorprendido la cabeza.

—¿Se niega?

—Naturalmente que me niego.

—¿Por qué? Sissek, no comprendo su actitud.

—Ni mi actitud ni nada. No quiero trabajar para ustedes. Es mi última palabra, Donaldson. No hablemos más.

—Pero considere...

Mildred interrumpió al abogado con un ademán:

—Ha dicho que es su última palabra, Harry. Que se marche. Buenas noches, señor Sissek.

—Eso es —la apoyó tímidamente Phelps—. ¿Por qué tanto empeño en contratar a este hombre? Que se marche y nos deje en paz. La policía se basta y sobra para aclarar el caso.

Steve se echó a reír.

—Gracias. Son las primeras palabras sensatas que oigo aquí. Buenas noches a todos.

Abandonó el despacho.

Saludó a las taquimecas en la antesala.

Salió al pasillo.

Unos tacones sonaban detrás de él.

—Steve, está usted loco.

Doddy le dio alcance y le detuvo asiéndole por la chaqueta.

—Vuelva con los suyos, paloma.

—No tengo «míos», no existen, no los he conocido jamás —la muchacha respiraba con agitación, brillantes los ojos, encendido el rostro. Era la vida quemándose, la exuberancia de las primeras flores—. Está usted loco, Steve. Había en esto dinero a montones y lo ha desperdiciado sin motivo. ¿Se ha olvidado de Sam Tugwell?

—No me he olvidado de nadie. Y no he hecho nada sin motivo.

—Tiene ideas raras, ¿eh? Ideas raras con respecto a nosotras.

—Tengo ya un cliente, eso es todo. Un profesional consciente no trabaja simultáneamente para más de una de las partes interesadas en un caso, aunque haya en este dinero a montones.

Mientras hablaba sacó Steve del bolsillo superior de su chaqueta el cheque de Frankie Bonanno y lo desplegó ante los ojos de la joven.

Ella leyó la cifra y la firma.

Dio un paso atrás.

—Se ha vendido. Se ha vendido a Bonanno.

—Es posible —admitió él fríamente—. La opción era entre venderse a uno u otro —volvió a guardarse el cheque—. Ahí dentro le he oído decir a usted algo muy inteligente: la muerte de Enoch Harper no ha despertado otro sentimiento que el de alegría jubilosa en usted, en su hermana, en Phelps y en Donaldson. Agregue el nombre de Bonanno a la lista. ¿Quién piensa ante esto en el pobre Sam Tugwell?

—¿Qué quiere usted decir? —exclamó la muchacha, perpleja—. El asesinato de Enoch le ha estropeado a Bonanno el negocio. La maniobra para conseguir dinero con la amenaza del brazalete...

—Figuraciones tuyas, nena.

—¿Mías?

—El negocio es, en todo caso, muy distinto —Steve titubeó—. ¡Infierno! ¿Qué importa un pequeño chantaje? Jamás había visto negocio mejor que el de comprometerse en matrimonio con un hombre, asegurarle la vida en un millón de dólares y asistir a su entierro antes de que se celebre la boda.

—Esas son ideas raras —asintió Doddy—. Eso es lo que sospecha usted de Mildred, y quizá también de mí. Lo he leído en sus ojos. Pero ¿qué tendría Bonanno que ver con ello?

—Sería la pieza clave. Magistral, muñeca. Comprometerse en

matrimonio con Enoch Harper, o con cualquiera, ¡con el primero que lo hubiera propuesto! habría sido solo una añagaza para que el futuro marido contratase un elevado seguro de vida. El gran negocio estaría aquí.

—¿Y Frankie Bonanno?

—Sí, querida —el detective contempló a la muchacha, sonriendo tristemente—. Usted conoce bastante bien a su hermana, pero no del todo bien. Es cierto que durante mucho tiempo ha estado haciendo, no lo que deseaba hacer, sino lo que pensaba que debía hacer. Durante mucho tiempo nada más, Doddy. Un día se cansó. Ese día decidió volver a casarse.

—¿Con Enoch?

—Se comprometió con Enoch, en efecto. Piense. Recuerde la actitud y la conducta de su hermana a medida que transcurría el tiempo, después de la muerte de su marido. Yo he conocido a Mildred esta mañana, y sin embargo, me parece estar viéndola... Se comprometió con Enoch, pero había de casarse con Frankie Bonanno. El bello Frankie Bonanno por un lado, un millón de dólares por otro. Piénselo.

Doddy no dijo nada.

Steve la miró todavía un momento. Luego dio media vuelta y se marchó.

CAPÍTULO IX

Tenía la cabeza ancha, llevaba el cuello rubio muy corto y su sólida espalda destacaba como hubiera destacado allí la trasera de un camión. Steve se sentó a su lado en el mostrador de la cafetería y vio que estaba engullendo un plato de carne acompañada de ciruelas en compota.

—Suponía que le encontraría comiendo alguna de esas porquerías —dijo.

El hombre le examinó con sus azules y fríos ojos.

—¿Casualidad, Sissek? No, claro que no...

—He preguntado ahí al lado, en el Departamento.

—¿Qué quiere?

Steve sacó del bolsillo un periódico de la noche y lo desplegó. Los titulares destacaban el caso en última página. Había fotos.

Acudió una camarera.

—Un doble *bourbon* con hielo —pidió el detective.

El hombre señaló el periódico con el mango del cuchillo.

—¿Es eso?

—Sí.

—¿Y bien?

—Usted sabe, teniente, que la mayor parte de mi trabajo me lo proporcionan las compañías de seguros. Uno de mis clientes regulares es la Lifeguard Insurances. Harry Donaldson, consejero jurídico de la Lifeguard, me ha propuesto esta tarde ocuparme de esta historia —Steve subrayó con el dedo uno de los titulares—. Se da la coincidencia de que Donaldson es al mismo tiempo abogado de la viuda Kelly, con quien el difunto Harper estaba comprometido en matrimonio.

Sin dejar de comer, el teniente O'Brien escuchaba atentamente.

—No veo el interés de todo eso.

—Quizá no lo tenga. El periódico no dice una palabra, pero Enoch Harper había contratado con la Lifeguard un seguro de vida de un millón de dólares. Hace de ello cuatro días, solamente cuatro días. La beneficiaria del seguro es Mildred Kelly.

—¿Y qué?

Llegó el *bourbon* con hielo. Steve dedicó una sonrisa a la camarera.

—Se me ocurre que la posición de Donaldson es un tanto comprometida —dijo—. De una parte, representante legal de la señora Kelly; de otra, consejero de la compañía. En cuatro días no hay tiempo de colocar un reaseguro, a no ser que se haya producido un milagro. Y un castañazo de un millón de dólares puede tumbar patas arriba a la compañía más sólida.

—¿Qué quiere Donaldson de usted?

—Según dice, que encuentre al asesino de Harper.

—¿Tiene usted poderes mágicos, o algo que no tengamos en la policía?

—No.

—¿Tiene él alguna información que no se atreva a confiarnos a nosotros?

—No.

—¿Por qué le ha contratado, entonces?

—No me ha contratado.

O'Brien enarcó las cejas.

—¿No le ha contratado?

Steve agitó el hielo en el vaso y bebió un largo sorbo.

—He rechazado el trabajo.

—¿Por qué?

—Porque no me gusta esa clase de líos. Se puede ganar un porrón de dinero con ellos, pero se pierden a cambio muchas cosas —el detective apuró el contenido del vaso y se metió en la boca un trozo de hielo—. No basta el dinero para vivir, teniente.

—A veces pienso que a mí me bastaría —suspiró O'Brien—. Sissek, usted no ha venido a hablarme de la ejemplar honestidad con que selecciona las ofertas que le hacen. Me pregunto cuáles son sus verdaderas intenciones.

—Pasaba casualmente por aquí... Cambiar impresiones, charlar un rato. No sé —Steve consultó su reloj—. ¿Estará usted todavía en el Departamento dentro de un par de horas?

—No.

—Lo siento.

El policía se echó a reír.

—Nos conocemos, Sissek. Estaré en mi despacho si lo desea.

—Puede ser tiempo perdido —Steve depositó unas monedas sobre el mostrador, chasqueó los dedos para mostrárselas a la camarera y comenzó a doblar su periódico—. Me gustaría efectuar una pequeña comprobación con respecto a ese asunto de que me ha hablado Donaldson. Si da resultado le llamaré. ¿Hace?

O'Brien le perforaba con sus azules ojos.

Las diez y diez.

Desde el ángulo de la estación de servicio, contempló Steve al lavacoches negro. Tenía las piernas largas y el cuerpo corto. Estaba flaco. Su pequeña e inquieta cabeza semejaba la de un gorrión.

Respiró profundamente y avanzó a su encuentro.

—Desearía hablarle, Smith.

El negro se sobresaltó.

—Señor... ¿No se confunde, señor?

—Es usted George Smith.

—Lo soy, señor. ¿Se trata de algo malo?

—De pedirle ayuda.

Smith encogía los hombros. Lanzaba a derecha e izquierda nerviosas miradas, los ojos muy abiertos, entrelazadas las manos.

—¿Su coche? —aventuró.

—Tranquilícese. No se trata de nada malo, no se trata de mi coche, no voy a complicarle la vida —Steve sacó un paquete de tabaco—. Fume. Le tendré ocupado solo un minuto.

El negro esbozó una sonrisa y extrajo un cigarrillo del paquete con excepcional cuidado. Haciendo una ligera reverencia se sirvió de la llamita del encendedor que le ofrecía el detective.

—Gracias, señor.

Se había sosegado. Lo que en sus ojos se leía ahora era solo curiosidad.

—Bien, necesito encontrar urgentemente a un hombre llamado Samuel Tugwell. Me han dicho que la manera más rápida es pedirle a usted sus actuales señas.

Smith demostró sorpresa.

—¿El señor Tugwell!

—Tengo algo muy importante para él.

—¿Cómo sabe que yo le conozco?

—Me envía un antiguo vecino suyo de West Stimmer Street.

—¿Le ha dicho que sé dónde vive?

—Me ha contado que Sam Tugwell y su hijita Margie son muy amigos. He supuesto que lo sabría. Es usted la única solución a mi problema.

El negro se echó a reír con infantil alegría.

—¡Qué cosas! Mire, señor, yo nunca he vuelto a ver al señor Tugwell, nunca he estado en su casa. Pero es verdad que él y Margie

son amigos. Ella sí sabe dónde vive. Dice que es en Charter Street, por la parte de Union Hill; dice que la trasera da al patio de un cine y se oye el sonoro de las películas; dice que en la puerta inmediata hay una confitería italiana donde venden los mejores helados del mundo. Ella dice que son los mejores del mundo, señor.

—¿Nunca ha mencionado el número de la casa?

—Los pequeños nunca se fijan en cosas así. Pero yo conozco Charter Street. No es una calle larga. La casa del señor Tugwell costará poco de encontrar.

Steve asintió, pensativo.

—Su hija, Smith, debe de ser una niña encantadora.

—Es buena, señor —dijo el negro, turbado—. Es muy buena. Y el señor Tugwell está muy solo, el pobre. Muy triste. Ella ahorró sus centavitos y le regaló por Navidad una muñeca. Figúrese, señor, una muñeca. Yo le dije que mejor un pañuelo o una corbata. Ella dijo que no, que una Margie, una niña, para que estuviera junto al señor Tugwell todo el tiempo que ella no pudiera acompañarle —Smith se restregó la nariz con emoción—. Ya ve, señor, así es mi Margie.

El detective deslizó un billete en el bolsillo de su mono.

—Cómprele una tonelada de caramelos de mi parte —le palmeó afectuosamente el brazo—. Y mil gracias, amigo. Mil gracias.

—A usted, señor —murmuró el hombre.

* * *

Steve detuvo el coche para leer el rótulo por segunda vez.

Allí tenía que ser: «Los mejores helados del mundo». Margie no había inventado la calificación. El establecimiento, cerrado a la sazón, era efectivamente una confitería italiana.

El detective reemprendió la marcha, tomó por la primera bocacalle y rodeó la manzana en que estaba situada la confitería.

En la calle paralela a Charter Street había un cine.

Exacto.

Detuvo nuevamente el coche, ahora en la esquina. Abrió un compartimiento del *tablier* y sacó un revólver. Titubeó un instante con el arma en la mano. Su mirada buscó instintivamente el vistoso rótulo. «Los mejores helados del mundo». Por último inspeccionó el cilindro, guardó el revólver en el bolsillo trasero de sus pantalones, cerró el compartimiento y se apeó.

Anduvo por la acera desierta.

La confitería tenía, por supuesto, una casa a cada lado, salvo que una era un almacén de alfombras. La del otro lado era una estrecha

vivienda de dos plantas, antigua, descuidada, aunque respetable. Su desnudo patinillo anterior se hallaba muy lejos del jardín repleto de petunias de la casita de Greenland, pero muy lejos también de la miseria pestilente de Gorman Head.

Sam Tugwell había progresado.

La hija del lavacoches hablaba de la «puerta inmediata», lo cual podía no ser una indicación precisa. Lo fuera o no, Tugwell habitaba en las cercanías, en aquella casa, en la siguiente. Un vecindario decente y tranquilo.

Steve fijó la mirada en los rayos de luz que se filtraban entre las cerradas contraventanas del piso superior. Cerradas. Calle arriba y calle abajo se dibujaban los cuadriláteros luminosos de las ventanas que la gente tenía abiertas para defenderse del calor húmedo de la noche. Se entremezclaban vagamente en el aire algunas voces, el parloteo de radios y televisores, la música de programas distintos, creando un silencio incompleto, vivo, humano.

Cerradas.

El detective empujó la cancela del patio y oprimió el timbre apenas visible en las sombras del hueco de la puerta.

Ninguna luz se encendió.

Momentos después se produjo en la ventana de la planta baja, contigua a la puerta, un rumor sigiloso.

—¿Qué quiere? —preguntó una voz sorda.

—Tengo que hablarle, señor Tugwell.

Se oyó un jadeo. Posiblemente un jadeo de asombro.

—¿Quién es usted?

Steve apretó los dientes.

—Me envía Margie. Es muy urgente, señor Tugwell. Vengo de parte de Margie Smith.

—¡Margie!

Una luz.

La puerta fue abierta.

El detective se encontró ante un hombre alto, de rostro pálido y ojos ardientes, mal afeitado, vestido con un descolorido pijama.

—Pase.

Más allá de la puerta había un espacio rectangular, con otra puerta al fondo y otra a la derecha. A la izquierda estaba el tramo de escaleras que conducía a la planta superior. No se veían más muebles que un perchero vacío.

La puerta de la derecha correspondía a la habitación por cuya ventana había hablado el hombre, única de la puerta delantera. La casa era extremadamente angosta. No debía de ser tampoco muy

profunda: lo justo para albergar la cocina y alguna dependencia en la parte posterior.

Con patente ansiedad, Tugwell indicó a Steve que entrase en la habitación; le siguió y cerró la puerta.

—Ha dicho usted que Margie... ¿Qué ocurre?

El detective lanzó en torno una rápida mirada.

Muebles de los años veinte: una sala de estar ya muy deteriorada por el tiempo y el uso. Sedas marchitas. Desgarrones en el empapelado de las paredes. Una desvencijada otomana. Periódicos y revistas por todas partes, algunos libros, un antiguo aparato de radio, y en el aire un molesto olor a polvo, a rancio y a colillas.

En Sam Tugwell, había algo roto, algo que estaba roto dentro de él. Era un hombre vencido. El sufrimiento había dejado huellas en su cara, había torcido su boca y ponía una avidez febril en la mirada de sus extraños ojos. Inspiraba lástima por encima de cualquier otro sentimiento. Steve supuso que se hallaba enfermo, físicamente enfermo, aparte del trastorno que se adivinaba en su espíritu.

—Margie me envía para que hable con usted —dijo—. ¿Podemos sentarnos?

—¿Está bien?

—Relativamente. Inquieta por usted, señor Tugwell.

El hombre entornó un poco los párpados.

—¿La niña? ¿Por mí?

—Vamos, siéntese y tranquilícese. Tenemos que hablar.

—No quiero sentarme. ¡Oh, cielos! Si a Margie le ha ocurrido algo malo...

—Podría ocurrirle. De usted depende.

—¿No es una enfermedad?

Steve le miró fijamente.

—A Margie le han contado que esta mañana estuvo usted en Malabrigo Beach.

Vio cómo el rostro de Tugwell se contraía. Los ardientes ojos semejaron nublarse.

De súbito, el hombre se volvió, abatió los hombros, dio unos pasos y fue a sentarse pesadamente en la otomana. Su voz no se elevó más allá de un murmullo:

—No entiendo lo que quiere decir.

—Sí lo entiende, señor Tugwell —Steve se acercó a él—. Ella tiene de usted un maravilloso concepto: es usted como un mago bondadoso que le ha proporcionado todas las ilusiones de su pequeña vida. Esta casa es su castillo encantado, un lugar donde

puede escucharse el sonoro de un cine, junto al cual se venden los mejores helados del mundo y en el que cualquier sorpresa es posible. El primer vestido lindo que tuvo Margie, el primer lazo, los primeros zapatos, usted se los regaló. Un hombre blanco, señor Tugwell, y ella es una niña negra.

Sam Tugwell se cubrió el rostro con las manos.

—¡Cállese!

—¡No, no tengo el derecho de callar! Esta mañana se ha cometido un asesinato en Malabrigo Beach. ¿Oye lo que digo? ¡Un asesinato! Han matado a un hombre. Usted ha sido visto allí. Había sido visto otras veces.

Sin apartarse las manos del rostro, Tugwell rugió—: ¿Cómo es posible que alguien le haya contado a Margie estas cosas?

—Habría muchas más que contar —dijo suavemente el detective—. Sus ropas negras, por ejemplo. Las cartas que ha escrito. Sus planes... La vida no es esto, señor Tugwell. No lo es para una niña como Margie, pero tampoco para un hombre como usted.

Tugwell respiraba fatigosamente.

—¿Qué pretende usted de mí?

—Quiero que venga conmigo. La pesadilla ha terminado.

—Terminado... ¡Oh, no! Usted no puede comprender.

—Se equivoca. Lo comprendo todo.

El hombre se mesó los cabellos. Al apartar las manos descubrió un rostro infernal, lívido, en el que los ojos se abrían como pozos de horror.

Steve dio un paso atrás.

—Si usted supiera... —empezó Tugwell.

Sonó un crujido al otro lado de la puerta. Procedía, al parecer, de la escalera que conducía al piso superior.

—¿No estaba usted solo en casa? —preguntó el detective.

¡En aquel instante advirtió que la puerta se entreabría!

Reaccionó furiosamente, llevó la mano al bolsillo trasero de sus pantalones para sacar el revólver, saltó a un lado.

Pero tenía aún el arma en la mano cuando sonó un tiro.

Por el rabillo del ojo vio que Sam Tugwell se encogía, se plegaba sobre sí mismo como un fuelle. Le oyó resollar.

El revólver.

Steve se arrojó a ciegas contra la puerta.

¡Otro disparo!

Un hombre abría apresuradamente la puerta de la calle. Una figura confusa que pretendía huir.

Dispararía de nuevo.

El detective apretó el gatillo de su arma. Interrumpió su loca carrera y lo volvió a apretar.

La figura de la puerta se inmovilizó. Luego se inclinó hacia un lado. Intentó apoyarse en el quicio pero este no la sostuvo, Cayó al suelo con un ruido sordo.

Steve avanzó hasta el umbral y tocó con el pie al hombre tendido boca arriba. Dos ojos muy abiertos le miraron, quietos, brillantes, inexpresivos como cuentas de cristal.

Un hombre muy bien peinado. Muy planchadito su traje de alpaca.

Joe Phelps.

Fuera en la calle, se oían gritos, subrayados intermitentemente por la aguda nota de un silbato.

El detective sopló en el cañón de su revólver.

¡Joe Phelps!

—Maldito idiota —dijo.

Retrocedió lentamente hacia la habitación inmediata.

Allí descubrió con sorpresa que Sam Tugwell no estaba en la otomana donde la bala le había alcanzado. Le encontró en el extremo opuesto de la estancia, caído de bruces delante de una cómoda, uno de cuyos cajones se hallaba abierto.

Tuvo que mover el cuerpo y mirar debajo para averiguar qué era lo que Tugwell, en su agonía, había sacado del cajón. Era algo que oprimía contra el pecho con sus manos crispadas, en un abrazo eternizado por la muerte.

Algo.

Una muñeca negra. * * *

El «Austin-Healey» gris plata aguardaba en las tinieblas, encendidas las luces de situación.

Steve salió del hospital, atravesó la calzada y se dejó caer en el asiento. A su lado se avivó la brasa del cigarrillo que fumaba Doddy.

—¿Ha muerto? —preguntó ella.

—No morirá. No morirá ahora. Le llevarán a la cámara de gas de San Quintín algún día.

La muchacha puso en marcha el coche.

Por unos momentos rodaron en silencio hacia el centro de la ciudad.

—Ese día —añadió Steve como si no se hubiera roto el hilo de sus pensamientos— creo que me emborracharé en honor suyo. Gracias a él, he descubierto el inmenso poder de la bondad de corazón.

—¿De la bondad de corazón de un asesino?

—De una víctima.

—Steve, no le entiendo.

Él se despezó.

—Ese canalla había calculado valerse de Sam Tugwell para sus planes. Contaba con el odio furioso de Tugwell hacia ustedes, hacia la Bubix, hacia el pasado; contaba con la locura del pobre hombre. Pero no contaba con su bondad. Cuando comenzó a llevar a la práctica la última parte de sus planes, Phelps encontró a Tugwell hundido en la miseria del barrio negro de Gorman Head. Le sacó de allí, le instaló en una vivienda respetable de Charter Street y le facilitó regularmente dinero, todo ello con la condición de que no comunicaría sus nuevas señas a nadie y levantaría un muro entre su vida anterior y la presente. Phelps estaba seguro de que el infeliz cumpliría escrupulosamente esta condición, pues no en vano Tugwell era un tipo excéntrico, solitario, insociable, rasgos que se habían acentuado todavía en él después de la muerte de su hija.

»Ciertamente, Sam Tugwell no podía sentir deseo ninguno de trabar amistades en Gorman Head, ni mucho menos de conservarlas. El hilo que conducía desde el hombre que fue apoderado de la Bubix y dichoso inquilino de una casita en Greenland hasta el chiflado silencioso de Charter Street quedaba roto. Tan persuadido se hallaba Phelps de que era así, que no titubeó en revelarme las antiguas señas de Tugwell. Suponía que, aun en caso de que yo averiguara en Greenland que se había trasladado a Gorman Head, aquí perdería su rastro.

»Sin embargo, Tugwell sí había trabado una amistad en el barrio negro. Una niña. Alguien que con su encanto reanimaba el rescoldo de ternura oculto en el corazón del pobre hombre y aliviaba la soledad en que la muerte de su hija le había dejado. Joe Phelps no solo ignoraba esto, sino que no podía imaginarlo. Lo había preparado todo muy bien: las pequeñas venganzas de Tugwell, las cartas amenazadoras, las apariciones en Malabrigo Beach... Tugwell era su baza en reserva. La utilizó contra Enoch Harper...

—¿Fue Sam Tugwell quien mató a Enoch?

—¡Por supuesto que no! Fue Phelps. El teniente O'Brien ha examinado los pocos datos que sobre él se han podido reunir en el primer momento. Ante todo, su ficha militar. Phelps fue un mal soldado, pero, cosa curiosa, ganó tres medallas por su habilidad como tirador de rifle.

El coche embocó Rochester Street, donde tenía Steve su oficina.

—Sigo sin entenderle —declaró la muchacha. Disminuyó la velocidad—. De lo poco que me ha dicho deduzco que Phelps,

después de la muerte de Ted Kelly, pensó que la fábrica...

—No.

—¿No?

—No fue después de la muerte de Kelly. Fue antes.

—¡Antes!

—Cuando murió el padre de usted, nena, Phelps resolvió que la fábrica sería un día suya. Ted Kelly era el primer obstáculo, pero eliminarle no iba a ser difícil.

Doddy contuvo la respiración.

—¿Qué dice?

—Phelps ha hablado. Ha hablado todo lo que su estado le permitía.

—¿Y qué?

—El marido de Mildred no se estrelló en Tahichipi por accidente. Phelps había manipulado de antemano su avioneta con objeto de que se estrellase.

La muchacha detuvo el coche junto a la acera.

—No puedo creerlo, Steve —su rostro estaba pálido, sus ojos miraban atónitos al detective—. No puedo creer que una mente humana conciba semejante plan y lo desarrolle durante tanto tiempo sin que su conciencia se lo reproche. Eso no es como matar a alguien en un arrebató pasional, o en un impulso momentáneo de codicia, de venganza, de lo que sea.

Steve rio con desdén.

—Yo sí puedo creerlo. He desconfiado siempre de los hombres muy bien peinaditos.

Ella oprimió con la mano su brazo.

—Cuéntemelo todo desde el principio, por favor.

—Hay poca historia. El negocio de frutas en conserva es aquí, en California, un río revuelto que atrae a muchos pescadores. Cuando murió el viejo Wallace, perdón, quiero decir su padre, a Phelps se le ocurrió la idea de que sería una ganga tener a su merced a dos huérfanas ricas, frívolas y tontas, como en la práctica las tenía Ted Kelly. Despachó a Kelly. Surgió Sam Tugwell, un nuevo obstáculo. Pero a Tugwell no era preciso matarle para quitarle de en medio: bastaba con hacerle despedir. Phelps preparó su doble golpe. Por un lado difamó a Tugwell ante Mildred y consiguió su despido en el momento calculado, en el momento más crítico y doloroso; por otro lado, aseguró a Tugwell su apoyo, su simpatía, su ayuda. El pobre tipo iba a ser un arma muy eficaz para amedrentarlas a ustedes, para amargarles la vida, para hacerles odiar un negocio que, además, marchaba disparado hacia la quiebra, por lo menos

aparentemente. Cuando Tugwell se había hundido en Gorman Head, Joe Phelps fue y le tendió la mano. Le instaló en Charter Street, le entregó algún dinero, favoreció su chifladura, estimuló sus negras ideas. Mientras tanto, él minaba la Bubix en beneficio propio. ¿Total? Un día, un día que no tardaría mucho, usted y Mildred decidirían liquidar sus propiedades, vender las acciones, buscar aires nuevos. Él había reunido dinero suficiente para aparecer de pronto como un bienhechor y facilitarle los planes haciéndose cargo de la fábrica en ruinas. Estaba a punto de conseguirlo, ¿no es así? Antes de que interviniese Enoch Harper, me refiero.

—Sí —murmuró Doddy.

—Bien, pues eso es casi todo. Phelps necesitaba tiempo, únicamente tiempo. Cuando Mildred anunció que se casaba con Harper se vio perdido. ¿Solución? Eliminar a Harper como había sido eliminado Kelly. Unos meses más, y la fábrica sería suya. ¡Solo unos meses! ¿Harper estorbaba? Phelps anduvo detrás de él con su carabina a punto, y esta mañana le pegó un tiro en Malabrigo Beach. Lo hizo allí y esta mañana, porque allí y esta mañana, como él sabía, había estado Sam Tugwell jugando a Drácula... ¡El maldito idiota! ¿Qué ganó? ¡Regalarle a Mildred un millón de dólares! Con el seguro de vida de Enoch Harper, cuya existencia ignoraba, podía salvarse la fábrica y enviarle a él al cuerno. Ya ve usted.

—¿Esperaba que Sam fuera acusado del crimen?

—Estaba seguro de que sería acusado. Su próximo paso sería eliminar a Tugwell fingiendo un suicidio. Muy plausible.

—Pero usted encontró a Tugwell antes.

—No solo lo encontré —Steve se frotó el pecho con satisfacción—. Pulsé su fibra sensible, le pinché en la inmensa bondad que guardaba en el corazón. El tío se me deshinchó, iba a cantar de plano en mi obsequio... Phelps estaba en la casa y no pudo consentirlo. Otra de las cosas que no había previsto, el muy imbécil, era que Tugwell se encariñase con una niña negra. Y ahí está.

—Usted conoce a los hombres —dijo la muchacha.

—Más o menos.

Doddy titubeó.

—Y a las mujeres.

—Digamos que sí.

—¿Sería capaz de comprenderme? ¿A mí, a una muñeca frívola, tonta y que nada en oro? ¿A la mocosa que esta mañana expulsó de su coche?

Él la miró un momento a los ojos.

—Vaya y pregúntele a Donaldson el concepto que tengo de usted. Le dirá, perplejo, que no coincide con el suyo; quizá con el de nadie.

La muchacha se inclinó hacia adelante.

—En tal caso, Steve, esto no será para usted la sorpresa que yo imaginaba...

No lo fue.

Los labios ávidos, la presencia turbadora, la gracia indescriptible, los ojos chispeantes de vida.

Steve tendió los brazos.

No, no fue la sorpresa que ella imaginaba. Ni hablar. Fue algo infinitamente mejor.

Y no un final, sino un comienzo.

F I N

BRIGITTE «BABY» MONTFORT

la mundialmente famosa agente conocida como la espía «Baby», surgida de la fecunda pluma de

LOU CARRIGAN

el afamado escritor que tantos éxitos lleva cosechados en el transcurso de su carrera literaria es presentada, ahora, por

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

a los numerosos lectores que la honran con su adhesión, a través de su colección:

ARCHIVO SECRETO

APARICION SEMANAL

RESERVE SU EJEMPLAR. PRECIO 25 PTAS.

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.

